

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 23

CRISTO EL MEDIADOR

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre”.

1 Timoteo 2:5

Nuestro propósito

“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia de Dios en la salvación y promover santidad verdadera en el corazón y la vida”.

Portavoz de la Gracia

23

Cristo el Mediador

Contenido

Cristo el Mediador del nuevo pacto.....	3
<i>Thomas Watson (1620-1686)</i>	
De Cristo el Mediador	10
<i>Confesión Bautista de Fe de 1689</i>	
De los oficios de Cristo en general	13
<i>Thomas Boston (1676-1732)</i>	
La persona, la naturaleza y los oficios del Mediador	22
<i>William Whitaker (1548-1595)</i>	
Un Mediador	35
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
La plenitud del Mediador	45
<i>John Gill (1697-1771)</i>	

Publicado por Chapel Library
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2018 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

CRISTO EL MEDIADOR DEL NUEVO PACTO

Thomas Watson (1620-1686)

“Jesús el Mediador del nuevo pacto” (Hebreos 12:24).

Jesucristo es la suma y quintaesencia¹ del evangelio, la maravilla de los ángeles, el gozo y el triunfo de los santos. El nombre de Cristo es dulce; es música al oído, miel al paladar y un vigorizante para el corazón. Dejaré a un lado el contexto y sólo hablaré de aquello que concierne a nuestro propósito en esta ocasión. Habiendo hablado del pacto de gracia², hablaré ahora acerca del Mediador del pacto y el restaurador de los pecadores caídos: “Jesús el Mediador del nuevo pacto”.

Las Escrituras dan varios nombres y títulos a Cristo como el gran restaurador de la humanidad:

I. A VECES ES LLAMADO SALVADOR. “Llamarás su nombre JESÚS” (Mt. 1:21). La palabra hebrea usada como *Jesús* significa un Salvador y, a quienes salva del infierno, salva también del pecado. Donde Cristo es un Salvador, es un santificador. “Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21). No hay otro Salvador “y en ningún otro hay salvación” (Hch. 4:12). Así como hubo solo un arca para salvar al mundo de morir ahogado, hay solo un Jesús para salvar a los pecadores de la condenación. Como les dijera Noemí a sus nueras: “¿Tengo yo más hijos en el vientre...?” (Rut 1:11), ¿tiene Dios, aparte de Cristo, otros hijos en el vientre de su decreto eterno, para ser nuestros salvadores? “¿Dónde se hallará la sabiduría?... El abismo dice: No está en mí; y el mar dijo: Ni conmigo” (Job 28:12, 14). ¿Dónde encontraremos salvación? El ángel dice: “No en mí”; la mortalidad dice: “No en mí”, la ordenanza dice: “No en mí”. Sólo Cristo es la fuente de vida: “Y en ningún otro hay salvación”.

II. A VECES CRISTO ES LLAMADO REDENTOR. “Y vendrá el Redentor a Sion” (Is. 59:20). Algunos opinan que se refiere a Ciro, otros a un ángel; pero los doctos judíos más antiguos que es a Cristo, el Redentor de los escogidos. “Yo sé que mi Redentor vive” (Job 19:25). La palabra *Redentor*

¹ **Quintaesencia** – La parte pura y esencial de alguna cosa.

² **Pacto de gracia** – El propósito eterno de redención por su gracia, concebido antes de la creación del mundo, anunciado primeramente en Génesis 3:15, revelado progresivamente a lo largo de la historia, cumplido en la persona y obra de Jesucristo y apropiado por fe en él.

en hebreo significa pariente cercano que tiene el derecho de redimir una deuda. Entonces Cristo, siendo nuestro hermano mayor, es un pariente cercano nuestro; por lo tanto, tiene todo el derecho de redimirnos.

III. CRISTO ES LLAMADO MEDIADOR EN NUESTRO TEXTO. “Jesús el Mediador del nuevo pacto”. La palabra griega³ traducida *Mediador* significa *intercesor*, el que cubre la brecha entre dos partes en desacuerdo. Dios y nosotros estamos en desacuerdo a causa del pecado; ahora Cristo intercede y actúa como un árbitro entre ambos. Nos reconcilia con Dios a través de su sangre vertida en la cruz; por lo tanto, es llamado Mediador del nuevo pacto. *No hay manera de que haya comunión y relación entre Dios y el hombre, sino en y a través de un Mediador.* Cristo quita la enemistad en nosotros y la ira de Dios, y trae paz. No es Cristo sólo un Mediador de reconciliación, sino también de intercesión: “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano... sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (He. 9:24). Cuando el sacerdote ofrecía el sacrificio de sangre, tenía que llevar la sangre del animal sacrificado ante el altar y al propiciatorio, y presentársela al Señor. En Cristo nuestro Mediador, consideremos dos cosas: A) Su persona, B) Sus gracias.

A. Su persona: Su persona es afectuosa: Es todo amor y hermosura. Es la efigie⁴ de su Padre: “la imagen misma de su sustancia” (He. 1:3).

1. La persona de Cristo en dos naturalezas

a. *Confiemos en su naturaleza humana encarnada.* Los valentinianos⁵ niegan su naturaleza humana, pero Juan 1:14 dice: “Y aquel Verbo fue hecho carne”. Se refiere a Cristo, el Mesías prometido. Cristo se hizo carne, carne como la nuestra para que la misma naturaleza que pecó sufriera; para que por medio del espejo de su naturaleza humana pudiéramos acercarnos a Dios.

¿Por qué es Cristo llamado el Verbo? Porque, al igual que una palabra es el intérprete de la mente y revela lo que hay en el corazón del hombre, Jesucristo revela la mente de su Padre en relación con las grandes cuestiones de nuestra salvación (Jn. 1:1). Si no fuera por la humanidad de Cristo, ver a la Deidad sería aterrador para nosotros; pero por medio de la encarnación de Cristo, podemos contemplar a Dios sin aterrorizarnos. Y Cristo se invistió de nuestra carne para poder saber cómo tener compasión de nosotros; por el hecho de la encarnación sabe lo que es ser débil, triste y tentado. “Él conoce nuestra condición” (Sal. 103:14). Se invistió de nuestra carne para, como dice Agustín, ennoblecer con honra

³ μεσίτης, mesites

⁴ Efigie – Representación o imagen de una persona.

⁵ Valentinianos – Seguidores de Valentino, gnóstico del siglo II, de Alejandría, Egipto.

nuestra naturaleza humana. Cristo, al haberse hecho carne, exaltó nuestra humanidad haciéndola superior a la naturaleza angelical.

b. *Confiemos en la naturaleza divina de Cristo.* Podemos comparar a Cristo con la escalera de Jacob, que alcanzaba desde la tierra al cielo (Gn. 28:12). La naturaleza humana de Cristo era el pie de la escalera, asentada sobre la tierra; su naturaleza divina era el punto más alto de la escalera, que llega hasta el cielo. Siendo este un gran artículo de fe, lo ampliaré. Sé que los arrianos⁶, los socinianos⁷ y los ebionitas⁸ le robarían a Cristo la mejor joya de su corona: su deidad. En cambio, el credo apostólico, el niceno y el de Atanasio afirman la deidad de Cristo. Las iglesias de Helvecia, Bohemia, Wittenberg, Transilvania, etc., le dan su total aprobación. La Biblia es clara en esto. Él es llamado “Dios Fuerte” (Is. 9:6) “porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9). Comparte la misma naturaleza y esencia con el Padre. En esto coincidían Atanasio, Basilio y Crisóstomo. ¿Es el Padre llamado todopoderoso? También es Cristo “el Todopoderoso” (Ap. 1:8). ¿Es Dios el Padre el que escudriña los corazones? También lo es Cristo: “Él sabía lo que había en el hombre” (Jn. 2:25). ¿Es Dios el Padre omnipresente? También lo es Cristo: “el Hijo del Hombre, que está en el cielo” (Jn. 3:13). Cristo, siendo Dios, estaba en el cielo; siendo hombre, estaba en la tierra.

¿Es Cristo eterno? Cristo es el Padre eterno (Is. 9:6). Esto puede ser nuestro argumento contra los herejes cerintianos⁹ que negaban la preexistencia de Cristo como deidad y afirmaban que no existía antes de nacer de la virgen María. ¿Corresponde la adoración divina a la primera persona de la Trinidad? También le corresponde a Cristo “para que todos honren al Hijo como honran al Padre” (Jn. 5:23) y “adórenle todos los ángeles de Dios” (He. 1:6). ¿Es la creación algo propio de la Deidad? Ésta es una joya en la corona de Cristo: “todo fue creado por medio de él y para él” (Col.1:16). ¿Son las invocaciones propias de la Deidad? Estas fueron dadas a Cristo: “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hch. 7:59). ¿Son la confianza y seguridad singulares a Dios el Padre? Fueron dadas a Cristo: “Creéis en Dios, creed también en mí” (Jn. 14:1). Cristo tiene que ser necesariamente Dios, no sólo para que la naturaleza divina impida

⁶ **Arrianos** – Seguidores del hereje Arrio (c. 256-336), presbítero de Alejandría que negaba la eternidad de Jesucristo y enseñaba que hubo un tiempo “cuando el Hijo no existía”. Enseñaba una forma de doctrina similar a la de los Testigos de Jehová en la actualidad.

⁷ **Socinianos** – Seguidores de Fausto Socinio (1539-1604), quien negaba la doctrina de la Trinidad y enseñaba que Jesús era solo hombre sin una existencia anterior a su nacimiento en Belén. Enseñaba una forma primitiva de lo que ha llegado a ser el unitarismo y liberalismo.

⁸ **Ebionitas** – Secta judía primitiva de cristianos profesantes que negaban la deidad de Jesús y que se “convirtió” en el Cristo en el momento que fue bautizado.

⁹ **Cerintianos** – Seguidores del hereje Cerinto, educado en Alejandría, Egipto, y contemporáneo del apóstol Juan.

que la humana se hunda bajo la ira de Dios, sino también para dar valor y peso a sus sufrimientos. Al ser Cristo Dios, su pasión y muerte tienen mérito. Hechos 20:28 implica que la sangre de Cristo, llamada *sanguis Dei*, es la sangre del Señor Dios porque la persona ofrecida como sacrificio es Dios, al igual que hombre. Ésta es una confirmación indubitable para el creyente: fue Dios el agraviado y fue Dios quien logró su propia satisfacción del agravio. En conclusión, la persona de Cristo tiene dos naturalezas.

2. Consideremos las dos naturalezas de Cristo en una persona: Dios-hombre. “Dios fue manifestado en carne” (1 Ti. 3:16). Cristo tenía una sustancia doble: divina y humana, no obstante, estas no constituyen dos personas distintas; las dos naturalezas conforman un solo Cristo. Un vástago puede ser injertado en un árbol distinto, un peral en un manzano, el cual, aunque da diferentes frutos, es un solo árbol; de la misma forma la humanidad de Cristo está unida a Dios de una manera inefable: son dos naturalezas, pero una sola persona. Esta unión de dos naturalezas en Cristo no fue por *transmutación*¹⁰ —la naturaleza divina transformada en humana— ni tampoco una *mezcla* —las dos naturalezas mezcladas como se mezcla el vino con el agua—. Ambas naturalezas de Cristo siguen siendo distintas, pero no conforman dos personas distintas, sino una sola, la naturaleza humana no es Dios, no obstante, es una con Dios.

B. Consideremos a Cristo nuestro Mediador con referencia a sus gracias. Estas son el dulce aroma de su esencia que hace que las vírgenes lo amen. Dice la Palabra que Cristo, nuestro bendito Mediador, era “lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14). Contaba con la unción sin medida del Espíritu (Jn. 3:34). La gracia de Cristo es superior y más gloriosa que la de cualquiera de los santos.

1. Jesucristo nuestro Mediador es perfecto en toda gracia (Co. 1:19). Es infinito en sus recursos, una nave con abundantes fortunas y un cofre lleno de todo tesoro celestial, es toda plenitud. No hay santo sobre la tierra que lo iguale. El santo puede destacarse en una gracia, pero no en todas; así como Abraham se destaca por su fe y Moisés por su humildad. Pero Cristo los sobrepasa en toda gracia.

2. Hay una plenitud de gracia en Cristo que nunca falla. La gracia en los santos es un sube y baja; no la tienen siempre en el mismo grado y proporción. En una época, la fe de David era fuerte; en otra era frágil y tan débil que apenas se le sentía el pulso. “Cortado soy de delante de tus ojos” (Sal. 31:22). En cambio, la gracia en Cristo es una panoplia¹¹ que nunca falla, nunca mengua en lo más mínimo. Nunca ha perdido ni una

¹⁰ **Transmutación** – El cambio de una cosa a otra sustancia o a algo de una naturaleza diferente.

¹¹ **Panoplia** – Despliegue espléndido.

gota de su santidad. Lo que Génesis 49:23-24 dice de José, bien podemos decir de Cristo. “Le causaron amargura, le asatearon, y le aborrecieron los arqueros; mas su arco se mantuvo poderoso”. Los hombres y los demonios atacaron a [Cristo], pero su gracia se mantuvo totalmente vigorosa y fuerte: “Su arco se mantuvo poderoso”.

3. La gracia en Cristo es comunicativa. Su gracia es para nosotros el óleo santo del Espíritu echado sobre la cabeza de este bendito Aarón para que se derrame sobre nosotros. Los santos no tienen ninguna gracia para conferir a otros. Cuando las vírgenes necias quisieron comprar el óleo de las otras vírgenes, diciendo: “Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan” (Mt. 25:8), las vírgenes sabias respondieron: “Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas”. A los santos no les sobra gracia para otorgar a otros, en cambio Cristo la esparce por doquier. La gracia en los santos es como el agua en una vasija, la gracia en Cristo es como el agua del manantial. “Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Jn. 1:16). Así como una copa debajo de un alambique recibe gota a gota su agua, se destilan sobre los santos las gotas e influencias de la gracia de Cristo. ¡Qué gran consuelo es esto para aquellos que tienen muy poco o nada de la gracia! Pueden recurrir a Cristo, el Mediador, que es un raudal de gracia: “Señor, soy indigente, entonces ¿a dónde llevaré mi copa vacía sino a una fuente llena?”. “Todas mis fuentes están en ti” (Sal. 87:7). Soy culpable; tú tienes sangre para perdonarme. Estoy contaminado; tú tienes gracia para limpiarme. Estoy enfermo hasta la muerte; tú tienes el bálsamo de Galaad para sanarme. José abrió todos los graneros; Cristo es nuestro José que abre todos los tesoros, la abundancia de gracia y nos la pasa. No sólo es dulce como miel del panal, sino que gotea como el panal. En Cristo, nuestro Mediador, hay un raudal y plenitud de toda gracia, y Cristo anhela que acudamos a él como la ubre llena de leche anhela ansiosamente ser ordeñada.

Primera aplicación: Admiremos la gloria de este Mediador: *Él es Dios-Hombre*. Comparte con el Padre la misma esencia gloriosa. No todos los judíos que vieron a Cristo en la carne pudieron ver su deidad; no todos los que vieron al hombre pudieron ver al Mesías. El interior del templo de Salomón estaba adornado con objetos de oro; el viajero, al pasar, veía el templo desde afuera, pero sólo los sacerdotes podían ver la gloria que resplandecía adentro. De igual forma, sólo los creyentes, quienes son hechos sacerdotes de Dios, ven el interior glorioso de Cristo, a la Deidad resplandeciendo a través de su humanidad (Ap. 1:16).

Segunda aplicación: Si Cristo es Dios y hombre en una persona, entonces confiemos sólo en él para ser salvos. Tiene que haber algo de la

Deidad en qué basar nuestra esperanza. En Cristo, está la Deidad y lo humano hipostáticamente¹² unido. Si pudiéramos derramar ríos de lágrimas, ayunar más que Moisés en el monte; si fuéramos moralistas perfectos, sin mancha ante la Ley (Fil. 3:5-6), si pudiéramos lograr el grado más elevado de santidad en esta vida, aun así, nada de esto nos salvaría; [tenemos que confiar] en los méritos de Aquel que es Dios. Nuestra santidad perfecta en el cielo no es la causa de nuestra salvación, sino la justicia de Jesucristo. A esto, pues, se apresuró Pablo, como a los cuernos del altar. “Ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia” (Fil. 3:9-10). Es cierto: podemos confiar en las gracias que nos fueron dadas como *evidencias* de salvación, pero sólo en la sangre de Cristo como la *causa*. En la época de Noé, cuando llegó el diluvio, todos los que confiaron en los montes y árboles altos y no en el arca, se ahogaron. “Puestos los ojos en Jesús”, creamos sólo en él para que no sólo esté unido a nuestra naturaleza, sino también a nuestra persona (He. 12:2). “Para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn. 20:31).

Tercera aplicación. ¿Es Jesucristo Dios y hombre en una persona? Esto, como muestra la dignidad de los creyentes, es un consuelo inefable; los creyentes están íntimamente relacionados con la persona más grande que jamás vivió, que vive y que vivirá: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9). Estando unidas las dos naturalezas de Cristo, la divina y la humana, todo lo que Cristo puede hacer para el creyente en cualquiera de sus naturalezas, eso hará. En su naturaleza *humana*, ora por ellos. En su naturaleza *divina*, los reviste de dignidad.

Cuarta aplicación: Admiremos el amor de Cristo, nuestro Mediador, que se humilló a sí mismo y tomó nuestra carne para poder redimirnos... Lo que se decía de Ignacio¹³ —que el nombre de Jesús estaba escrito en su corazón— debiera aplicarse a cada santo: debiera tener a Jesucristo escrito en su corazón.

Tomado de *A Body of Divinity* (Un cuerpo de divinidad), The Banner of Truth Trust, Banneroftruth.org

Thomas Watson (c. 1620-1686): Predicador y prolífico autor puritano no conformista; nacido posiblemente en Yorkshire, Inglaterra.

¹² **Hipostáticamente** – De *hipostático*, término teológico que denota la unión de la deidad en su totalidad con la humanidad en su totalidad en una sola persona: Jesucristo.

¹³ **Ignacio** (c. 35-110) – Obispo de Antioquía que se oponía a las herejías gnósticas de su época que negaba el humanidad completa de Cristo. Murió como mártir en Roma.



DE CRISTO EL MEDIADOR

Confesión Bautista de Fe de 1689

1 Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto¹ hecho entre ambos, para que fuera el mediador entre Dios y el hombre; profeta, sacerdote, y rey; cabeza y Salvador de la Iglesia, el heredero de todas las cosas y juez del mundo; a quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que, a su tiempo, lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara (Is. 42:1; 1 P. 1:19-20; Hch. 3:22; He. 5:5-6; Sal. 2:6; Lc. 1:33; Ef. 1:22-23; He. 1:2; Hch. 17:31; Is. 53:10; Jn. 17:6; Ro. 8:30).

2. El Hijo de Dios, la segunda persona en la Santa Trinidad, siendo Dios verdadero y eterno, el resplandor de la gloria del Padre, consustancial con aquel e igual a él, que hizo el mundo, y quien sostiene y gobierna todas las cosas que ha hecho, cuando llegó la plenitud del tiempo, tomó sobre sí la naturaleza del hombre, con todas sus propiedades esenciales y con sus debilidades concomitantes, aunque sin pecado; siendo concebido por el Espíritu Santo en el vientre de la virgen María, al venir sobre ella el Espíritu Santo y cubrirla el Altísimo con su sombra; y así fue hecho de una mujer de la tribu de Judá, de la simiente de Abraham y David según las Escrituras; de manera que, dos naturalezas completas, perfectas y distintas se unieron inseparablemente en una persona, pero sin conversión, composición o confusión alguna. Esta persona es verdaderamente Dios y verdaderamente hombre, aunque un solo Cristo², el único mediador entre Dios y el hombre (Jn. 1:14; Gá. 4:4; Ro. 8:3; He. 2:14, 16-17; He. 4:15; Mt. 1:22-23; Lc. 1:27, 31, 35; Ro. 9:5; 1 Ti. 2:5).

3. El Señor Jesús, en su naturaleza humana así unida a la divina, en la persona del Hijo, fue santificado y ungido con el Espíritu Santo sin me-

¹ Existen diferentes opiniones entre los que creen en el propósito eterno de Dios de salvación por medio de la Persona y obra de Jesucristo. Algunos creen que el propósito eterno de Dios se expresa en dos pactos: (1) un Pacto de Redención, hecho en la eternidad entre los miembros de la Deidad, fundamento de (2) un Pacto de Gracia, establecido en la historia entre Dios y sus escogidos (por ejemplo: John Owen, Thomas Goodwin, Charles Hodge, R. L. Dabney, etc.). Entre los que creen en el Pacto de Redención, algunos creen que es entre el Padre y el Hijo, mientras que otros incluyen a todos los miembros de la Trinidad. No obstante, algunos creen que el propósito eterno de Dios se expresa en solo un Pacto de Gracia, que tiene un aspecto *eternal* entre los miembros de la Trinidad y un aspecto *histórico* entre Dios y sus escogidos (por ejemplo, Edmund Calamy, Thomas Boston, John Brown de Haddington, John Gill, Hugh Martin, Benjamin Keach, etc.).

² Vea Portavoz de la Gracia 14, *La persona de Cristo*, disponible de Chapel Library.

dida, teniendo en sí todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, en quien agradó al Padre que habitase toda plenitud, a fin de que siendo santo, inocente y sin mancha, y lleno de gracia y de verdad, fuese completamente apto para desempeñar el oficio de mediador y fiador; el cual no tomó por sí mismo, sino que fue llamado para el mismo por su Padre, quien también puso en sus manos todo poder y juicio, y le ordenó que lo cumpliera (Sal. 45:7; Hch, 10:38; Jn. 3:34; Col. 2:3; Col. 1:19; He. 7:26; Jn. 1:14; He. 7:22; He. 5:5; Jn. 5:22, 27; Mt. 28:18; Hch. 2:36).

4. El Señor Jesús asumió de muy buena voluntad este oficio, y para desempeñarlo, nació bajo la ley, la cumplió perfectamente y sufrió el castigo que nos correspondía a nosotros, el cual deberíamos haber llevado y sufrido, siendo hecho pecado y maldición por nosotros; soportando las más terribles aflicciones en su alma y los más dolorosos sufrimientos en su cuerpo; fue crucificado y murió, y permaneció en el estado de los muertos, aunque sin ver corrupción. Al tercer día resucitó de entre los muertos con el mismo cuerpo en que sufrió, con el cual también ascendió al cielo, y allí está sentado a la diestra de su Padre intercediendo, y regresará para juzgar a los hombres y a los ángeles al final del mundo (Sal. 40:7-8; He. 10:5-10; Jn. 10:18; Gá. 4:4; Mt. 3:15; Gá. 3:13; Is. 53:6; 1 P. 3:18; 2 Co. 5:21; Mt. 26:37-38; Lc. 22:44; Mt. 27:46; Hch. 13:37; 1 Co. 15:3-4; Jn. 20:25, 27; Mr. 16:19; Hch. 1:9-11; Ro. 8:34; He. 9:24; Hch. 10:42; Ro. 14:9-10; Hch. 1:11; 2 P. 2:4).

5. El Señor Jesús, por su perfecta obediencia y el sacrificio de sí mismo que ofreció a Dios una sola vez a través del Espíritu eterno, ha satisfecho plenamente la justicia de Dios, ha conseguido la reconciliación y ha comprado una herencia eterna en el reino de los cielos para todos aquellos que el Padre le ha dado (He. 9:14, 10:14; Ro. 3:25-26; Jn. 17:2; He. 9:15).

6. Aun cuando el precio de la redención no fue realmente pagado por Cristo hasta después de su encarnación, sin embargo, la virtud, la eficacia y los beneficios de la misma fueron comunicados a los escogidos en todas las épocas desde el principio del mundo, en las promesas, tipos y sacrificios y por medio de los mismos, en los cuales fue revelado y señalado como la simiente que heriría la cabeza de la serpiente, y como el Cordero inmolado desde la fundación del mundo, siendo el mismo ayer, hoy y por los siglos (1 Co. 4:10; He. 4:2; 1 P. 1:10-11; Ap. 13:8; He. 13:8).

7. Cristo, en la obra de mediación, actúa conforme a ambas naturalezas, haciendo por medio de cada naturaleza lo que es propio de ella; aunque, por razón de la unidad de la persona, lo que es propio de una naturaleza, algunas veces se le atribuye en las Escrituras a la persona denominada por la otra naturaleza (Jn. 3:13; Hch. 20:28).

8. A todos aquellos para quienes Cristo ha obtenido redención eterna, cierta y eficazmente les aplica y comunica la misma, haciendo intercesión por ellos, uniéndoles a sí mismo por su Espíritu, revelándoles en la Palabra y, por medio de ella, el misterio de la salvación, convenciéndoles a creer y obedecer, gobernando sus corazones por su Palabra y Espíritu, y venciendo a todos sus enemigos por su omnipotente poder y sabiduría, de manera y en formas que más coincidan con su maravillosa e inescrutable dispensación; y todo por su gracia libre y absoluta, sin prever ninguna condición en ellos para granjearla (Jn. 6:37, 10:15-16; Jn. 17:9; Ro. 5:10; Jn. 17:6; Ef. 1:9; 1 Jn. 5:20; Ro.8:9, 14; Sal. 110:1; 1 Co. 15:25-26; Jn. 3:8; Ef. 1:8).

9. Este oficio de mediador entre Dios y el hombre es propio sólo de Cristo, quien es el Profeta, Sacerdote y Rey de la iglesia de Dios; y no puede, ni parcial ni totalmente, ser transferido de él a ningún otro (1 Ti. 2:5).

10. Esta cantidad y orden de oficios son necesarios; pues, por nuestra ignorancia, tenemos necesidad de su oficio profético; y por nuestra separación de Dios y la imperfección del mejor de nuestros servicios, necesitamos su oficio sacerdotal para reconciliarnos con Dios y presentarnos aceptos para con él; y por nuestra falta de disposición y total incapacidad para volver a Dios y para rescatarnos a nosotros mismos y protegernos de nuestros adversarios espirituales, necesitamos su oficio real para convencernos, subyugarnos, atraernos, sostenernos, librarnos y preservarnos para su reino celestial (Jn. 1:18; Col. 1:21; Gá. 5:17; Jn. 16:8; Sal. 110:3; Lc. 1:74-75).

Tomado de la Confesión Bautista de Fe de 1689
A su disposición en CHAPEL LIBRARY.



La fe que justifica respeta a Cristo como un Salvador en sus tres oficios ungidos, como Profeta, Sacerdote y Rey, confiando en él, aceptándolo y respetándolo en los tres. Es por esto que nos interesa esa justicia que Dios ordenó y que Cristo implementó.
—*Matthew Henry*

Nuestro Mediador se llamó Cristo porque fue ungido por el Espíritu Santo más allá de toda medida y, por lo tanto, puesto aparte e investido plenamente de toda autoridad y habilidad para cumplir los oficios de Profeta, Sacerdote y Rey de su Iglesia, tanto en su condición de humillación como de exaltación. —*Thomas Ridgley*

DE LOS OFICIOS DE CRISTO EN GENERAL

Thomas Boston (1676-1732)

*“El edificará el templo de Jehová, y él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono, y habrá sacerdote a su lado; y consejo de paz habrá entre ambos”
(Zacarías 6:13).*

Basándome en el texto de Zacarías, trataré ahora el tema de los oficios que Cristo cumple como nuestro Redentor. El versículo 11 de este capítulo menciona una acción típica de coronar con dos coronas a un sumo sacerdote, en este caso Josué, acto realizado y explicado en los versículos que le siguen como representando a Cristo y sus oficios, que lleva sobre su cabeza muchas coronas. El versículo 12 contiene una profecía de la encarnación de Cristo en la metáfora de un Renuevo, que brota de la simiente de David y viene al mundo con humildad, “como raíz de tierra seca” (Is. 53:2). En el versículo que enfocamos tenemos los oficios que ejecutaría como nuestro Redentor, que son tres:

1. **El oficio de Profeta:** “Edificará el templo de Jehová” (Zac. 6:12) o sea, su propia Iglesia —de la cual el templo era un tipo— por el mensaje del evangelio, que le toca promover como Profeta porque los que forman la Iglesia están “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Ef. 2:20) y, además, es el Revelador de las verdades que los profetas y los apóstoles enseñaban.

2. **El oficio de Sacerdote:** Es expiar¹ los pecados de su pueblo, adquirir la paz para ellos y defender su causa ante Dios.

3. **El oficio de Rey:** Porque tiene un *trono*, denota que tiene un oficio real. Él “se sentará y dominará en su trono, y habrá sacerdote a su lado” (Zac. 6:13). Esta expresión describe la recompensa por sus sufrimientos y la elevada dignidad que le es dada como consecuencia de su humillación y sus sufrimientos [en satisfacción por la culpa de los pecados]. También es descrito como “sentado en su trono” (1 R. 22:19), no un Rey de nombre solamente o un monarca inactivo, sino realizando actos de su dominio que le corresponden a su gobierno. En él, se une toda la gloria de

¹ **Expiar** – Quitar la culpa por medio de un pago satisfactorio.

estos oficios, los cuales tendrá y cumplirá a pesar de toda oposición: *se sentará y dominará en su trono.*

El texto da fundamento a la siguiente doctrina:

DOCTRINA: Cristo, como nuestro Redentor, ejecuta los oficios de Profeta, Sacerdote y Rey, en su estado de humillación, al igual que de exaltación. Sobre esta doctrina, demostraré: I. La verdad de estos oficios en Cristo, II. La necesidad de que los cumpla como nuestro Redentor. III. Cuándo cumplió estos oficios y, por último, IV. Deducir algunas inferencias.

I. DEMOSTRARÉ LA VERDAD O REALIDAD DE ESTOS OFICIOS EN CRISTO. Afirmo pues, que Cristo como nuestro Redentor realmente está investido de estos oficios. Es verdaderamente un Profeta, un Sacerdote y un Rey; y que los ejecuta, es decir, realiza las funciones correspondientes a estos oficios. Esto se ve claramente en lo siguiente.

A. Del testimonio claro de las Escrituras: (1) De que poseía estos oficios: es un *Profeta*, aquel que anunció Moisés, quien debía ser escuchado en todas las cosas que decía y de quién las decía: “toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo” (Hch. 3:22-23). El apóstol Pedro aplicó este pasaje sólo a Jesucristo y a ningún otro más que él, quien enseñaba con autoridad y poder sin paralelos (Jn. 7:46). Es un *Sacerdote*. Las Escrituras dicen de él expresamente: “Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec” (He. 5:6) y, en otros lugares de esa epístola, donde la realidad, naturaleza y finalidad de su sacerdocio es ampliamente descrito. Es un *Rey*. “Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte” (Sal. 2:6). “Domina en medio de tus enemigos” (Sal. 110:2). Tiene todos los símbolos de autoridad real: la ceremonia de inauguración o unguimiento para su oficio... (Sal. 2:6); una corona (Sal. 21:3); una espada (Sal. 45:3); un cetro (Sal. 65:6); súbditos (Lc. 1:33; Jn. 1:49).

(2) Las Escrituras testifican de que cumplió estos oficios. Por tanto, dice él mismo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn. 14:6). Por su muerte, es *el camino* a la vida y la felicidad, *la verdad* en su Palabra, la suma y sustancia de toda verdad revelada y *la vida* en su Espíritu, dando vida y preservando a su pueblo con su poder. Dios lo hizo “sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Co. 1:30): *sabiduría* como Profeta, *justificación* como Sacerdote y *santificación* y *redención* como Rey.

B. Aprendemos también esto de su nombre *Cristo* o *Mesías*, que significa *el Ungido*. Tres tipos de personas eran ungidas bajo la Ley, a saber: Profetas [como Jehú] (1 R. 19:16); sacerdotes como Aarón (Éx. 29:7) y reyes como David y otros. Estos tres oficios se dan en Cristo, quien fue ungido para cumplir los tres. Por eso dice él mismo (Is. 61:1) “El Espíri-

tu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel”. Ha sido ungido, como Profeta, *para predicar las buenas nuevas a los humildes*; como Sacerdote, *para vendar a los quebrantados de corazón* y como Rey a *publicar libertad*. No fue ungido con óleo material, como los profetas, sacerdotes y reyes lo eran bajo la dispensación del Antiguo Testamento, sino con óleo del Espíritu: “El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová”. Y dice Salmos: “Con óleo de alegría más que a tus compañeros” (Sal. 45:7). Ahora bien, esta unción significaba (1) que fue apartado para ser Mediador y para cumplir estos oficios: el Padre lo “santificó y envió al mundo” (Jn. 10:36). (2) Por contar totalmente con los dones y calificaciones adecuados para estos oficios en lo que atañe a su naturaleza humana, a la cual fue dado el Espíritu sin medida (Is. 11:1-2, etc.), con toda plenitud, no sólo lo suficiente, sino en abundancia, no la simple llenura de una vasija, sino la de un manantial para compartir generosamente con su pueblo (Jn. 1:16). Fue solemnemente instaurado en estos oficios cuando fue bautizado (Mt. 3:17), en su transfiguración (Mt. 17:5) y en su exaltación (Hch. 2:36). Y fue llamado a estos oficios con solemnidad: “Y nadie toma para sí esta honra, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón. Así tampoco Cristo se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote, sino el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy” (He. 5:4-5).

II. CONSIDEREMOS AHORA LA NECESIDAD DE EJERCER ESTOS OFICIOS.

La encarnación de Cristo y el hecho de que aceptara la obra de nuestra redención fueron enteramente voluntarios, sin la menor sombra de una imposición y compulsión; sino que estuvo dispuesto a ser nuestro Redentor por su gran bondad hacia nosotros y cumplir estos tres oficios necesarios para nuestra salvación. A continuación, veremos esto con claridad.

A. Consideremos nuestra desdicha por nuestro pecado, ignorancia, culpabilidad y esclavitud. Por nuestra ignorancia, desconocemos cuál es el camino para regresar a Dios; por lo tanto, Cristo como nuestro Profeta, nos tiene que enseñar. No podemos mirar a Dios cara a cara por estar cargados de culpa. Por lo tanto, Cristo como Sacerdote, tiene que hacer expiación y quitar la culpa. Somos esclavos del pecado y de Satanás, y no podemos volver a Dios, ni librarnos de nuestras cadenas; por lo tanto, Cristo como Rey nos libera, nos regresa, llevando cautiva la cautividad. Como Profeta da luz al ciego, como Sacerdote, mérito y como Rey, poder.

B. Consideremos la salvación de la que participan los escogidos. Era necesario que les fuera revelada porque ellos mismos, siendo ciegos e ignorantes, nunca podrían descubrirla. Por lo tanto, nuestro Redentor

fue un Profeta para revelarnos las cosas que conciernen a nuestra salvación e instruirnos sobre ellas. Era necesario que la salvación fuera comprada para los pecadores quienes, siendo débiles e incapaces de realizar ninguna obra espiritual, nunca podrían comprársela ellos mismos. Por lo tanto, fue un Sacerdote para comprarnos vida y redención eterna. Era necesario que fuera aplicada por el poder de su Espíritu porque los pecadores no pueden comprar la salvación y mucho menos aplicarla a sí mismos. Por lo tanto, Cristo fue un Rey. Los esclavos nunca podían pagar su propio rescate, ni saber después que ya había sido pagado, por lo que no creían que podían dejar su esclavitud. Por todo esto, fue necesario que nuestro Redentor se invistiera de estos tres oficios.

C. Consideremos a Cristo como el Mediador del pacto, quien tuvo que tratar con ambas partes a fin de unirlos. Agraviamos a Dios con nuestro pecado y culpabilidad; por lo tanto, por nosotros tuvo que ser un Sacerdote para satisfacer la ley y la justicia, e interceder para que fuéramos perdonados. No sabíamos los planes del Padre y el Hijo; por lo tanto, era necesario que fuera revelador de esa gracia y estrategia misericordiosa. No estábamos dispuestos a tratar con Dios; por lo tanto, era necesario que como Rey consiguiera que nos sometamos y aceptáramos su gobierno. Fue necesario que comprara, revelara y administrara los beneficios del pacto.

D. Consideremos la obra de conversión. El alma tiene que recibir iluminación, por la convicción que le da el Profeta, para ver su propia desdicha y lo adecuado del remedio. Viendo su propia desdicha, el alma se desesperaría si no fuera por la sangre del Sacerdote para rociar la conciencia y la voluntad nunca cedería si no sintiera el poder de su espada conquistadora.

E. Consideremos nuestras necesidades cotidianas. ¿Acaso no nos falta algún conocimiento de algo todos los días? ¿Qué sería de nosotros si no tuviéramos al gran Profeta al cual recurrir para instrucción y dirección? Cada día agregamos una culpa nueva; ¿cuál sería nuestro consuelo si no tuviéramos un mérito duradero y un Abogado permanente? ¿Acaso no necesitamos siempre protección contra nuestros enemigos? ¿Cómo, pues, podríamos vencer las huestes del infierno si nuestro Rey no estuviera en nosotros para subyugarlos?

F. *En último lugar*, consideremos las promesas que son la vara y el cayado de la vida cristiana, sin el cual los salvos nunca podrían alcanzar la victoria. Los oficios de Cristo son el origen y el manantial de todo esto. ¿Cuánto valen las promesas de iluminación, guía, dirección, etc., para el ciego y para los que no conocen el camino? Estas fluyen del oficio profético de Cristo. “He aquí que yo lo di por testigo a los pueblos, por jefe y por maestro a las naciones” (Is. 55:4). ¿Cuán preciosas son las promesas

de paz, perdón y reconciliación para aquellos llenos de desasosiego por sus temores, su culpa y su pecado? Estas fluyen del oficio de Sumo Sacerdote. Y las promesas de protección y libertad a los cautivos fluyen de su oficio como Rey. Todas las promesas se basan en la compra de la sangre de Cristo y todas son sí y amén en él, y fluyen de él y a través de él (*ver* 2 Co. 1:20).

III. VEAMOS AHORA CUÁNDO FUE QUE CRISTO CUMPLIÓ ESTOS OFICIOS. Así como ha sido el Redentor de la Iglesia a través de las edades, también ha cumplido los demás oficios en todas las épocas de la Iglesia. En el Antiguo Testamento, fue el gran Profeta de la Iglesia, como dice Juan 1:18 “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. Trajo buenas nuevas de salvación a los pecadores en cada revelación, desde la primera promesa evangélica hasta su manifestación en la carne. Y él, no sólo revela las cosas concernientes a la salvación de los hombres, sino que también las enseña y da el entendimiento para comprenderlas y conocerlas. Fue Profeta a la Iglesia en el desierto; pues como dice Éxodo 23:20: “He aquí yo envío mi Ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado”. Y leemos en 1 Pedro 3:19 que “fue y predicó a los espíritus encarcelados”; esto se refiere a los pecadores en la antigüedad que, a pesar del ministerio de Noé, no se arrepintieron y entonces, para el tiempo cuando el Apóstol escribió estas palabras, eran prisioneros en el infierno. Cristo fue también su Sacerdote, intercediendo por su pueblo en el futuro, con base en sus sufrimientos futuros. Tenemos un ejemplo digno de notar en Zacarías 1:12: “Oh Jehová de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás piedad de Jerusalén, y de las ciudades de Judá, con las cuales has estado airado por espacio de setenta años?”. Y fue su Rey, el Capitán de las huestes del Señor, quien los libró de la esclavitud en Egipto, los guió por el inhóspito desierto, los asentó en Canaán e instituyó todo su culto de adoración y servicio religioso, etc.

No obstante, Cristo cumplió estos oficios más específicamente después de su encarnación, tanto en su estado de humillación como de exaltación. Estos son los dos estados de los cuales habla el Apóstol en Filipenses 2:8-9: “Estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre”.

Fue Profeta mientras estaba en la tierra y, por medio de su Palabra y su Espíritu, sigue revelando la voluntad de Dios para la salvación de su pueblo. Enseñó toda la doctrina de la Biblia; y él es el que ha comunica-

do todo conocimiento salvador hasta este día y seguirá haciéndolo hasta el final de los tiempos.

Fue un Sacerdote en su estado de humillación, al igual que en su estado de exaltación. Su sacrificio fue ofrecido en la tierra y, por lo tanto, fue un Sacerdote aquí. Por eso dice el Apóstol en Efesios 5:2: “Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”. No ascendió al cielo hasta que por su sacrificio efectuó “la purificación de nuestros pecados” (He. 1:3). Y continúa siendo un Sacerdote intercesor para siempre (He. 7:25).

Fue también Rey en su estado de humillación. Nació como Rey (Mt. 2:2), su entrada a Jerusalén fue como Rey, cumpliendo así una antigua profecía sobre él (Mt. 21:5); se presentó como Rey ante Pilatos (Mt. 27:11). Fue el Señor de gloria quien fue crucificado (1 Co. 2:8). Y está ahora exaltado en su trono, es llamado “REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES” (Ap. 19:16) y reinará hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies (He. 10:13) y todos sus súbditos sean llevados a la gloria.

Cabe señalar que no se deben dividir estos tres oficios que Cristo cumple, especialmente cuando los cumple de una manera eficaz para la salvación de las almas. Puede ciertamente revelar de manera objetiva la voluntad de Dios y dar leyes a su Iglesia como Profeta, sin darles la unción por la cual Dios les enseña a conocer todas las cosas necesarias para alcanzar salvación. Y puede cumplir su oficio real, como Juez, infligiendo juicios y calamidades terribles, sin someterlos a esa obediencia y sujeción a él, que es el privilegio de los creyentes auténticos. No obstante, es una verdad indubitable que en cualquier momento que ejecuta uno de estos oficios para salvar al hombre, lo hace cumpliendo los tres. En este sentido, aunque los oficios son distintos, no están divididos porque todo el que es enseñado por él como Profeta, para salvación, es redimido para Dios por su sangre como Sacerdote y es sometido por su poder como Rey, de manera que lo hace voluntariamente. Y todos aquellos cuyos pecados son expiados por él como Sacerdote, a su tiempo serán enseñados por él como Profeta y hechos súbditos voluntarios de él como Rey en el día de su poder (Sal. 110:3).

Concluimos este tema con algunas deducciones.

A. ¡Cuán grande y cuán glorioso es nuestro Señor Jesucristo que desempeñó estos tres oficios a la vez y los cumplió puntualmente, de manera que ninguno de ellos afectara ni estuviera en desacuerdo con el otro! Es ciertamente glorioso aquel que esparció a la perfección toda su gloria entre las personas especiales. Si fue un honor para Melquisedec ser, tanto sacerdote como rey, y para David ser, tanto rey como profeta,

¡cuánto más glorioso es que nuestro divino Mediador sea Profeta, Sacerdote y Rey! Realmente poseyó estos oficios y los cumplió en su totalidad de una manera más eficaz de lo que pudiera haberlo hecho cualquiera que jamás haya sido investido con alguno de ellos sobre esta tierra.

B. Sea esto para usted una recomendación de Cristo como un Salvador adecuado y sin paralelos. No existe ningún problema del pobre pecador, que no pueda encontrar la solución en uno de estos oficios de Cristo. Oh pecador, ¿vive bajo la oscuridad espiritual y la ignorancia? Puede usted obtener conocimiento e instrucción de él. Él es la luz del mundo (Jn. 8:12) y puede darle un entendimiento para que lo conozca a él, que es la verdad, puede darle el Espíritu de sabiduría y revelación y el conocimiento de Cristo (Ef. 1:17). ¿Se encuentra bajo culpa y condenación, cargado de pecado que le hundirá en el infierno? Hay justificación en él como Sacerdote para borrar su culpa. Él es la expiación y propiciación por el pecado (1 Jn. 4:10). Él salva del pecado y de la ira. ¿Es usted un esclavo del pecado y de Satanás? Jesucristo es el Rey que vino para destruir las obras del diablo: puede romper el dominio del pecado en usted, quitarle los grilletes y someter a todos sus enemigos espirituales.

C. No puede usted aceptar a Cristo como su Redentor, si no acepta todos sus oficios. Es la única manera como se ofrece a sí mismo para salvar a los pecadores. Y lo que Dios juntó no lo separe el hombre. Muchos pretenden aceptar a Cristo como Salvador para que los salve del infierno y la ira, pero no le escuchan como Profeta para que les enseñe el conocimiento salvador de Dios, ni se han sometido a sus leyes y mandamientos. ¿Cuántos llaman “su Señor” a Cristo, pero no hacen lo que él ordena? ¡Terrible necedad la de los que rechazan las enseñanzas de Cristo diciendo: “Apártate de nosotros porque no queremos saber nada de tus caminos”! ¡Ay la estupidez de aquellos que rechazan a Cristo como Sacerdote y piensan encomendarse al favor divino por sus propias obras de justicia, en lugar de la justicia de él! ¡Ay la locura de aquellos que desprecian a Cristo como Rey, negándose a someterse a su autoridad real y a sus leyes y su gobierno! ¡Y qué tontos son los príncipes de este mundo que no quieren que Cristo reine libremente en sus dominios y, en cambio, usurpan su autoridad y elaboran e imponen leyes contrarias y en desacuerdo con las de él!

D. ¿Acepta usted a Cristo en todos sus oficios? ¿Renuncia a sí mismo para que, como Profeta, él le enseñe todo lo que se relaciona con su salvación, haciendo a un lado su propio conocimiento y sabiduría; a ser justificado por su justicia y limpiado por la sangre de Cristo, renunciando a su propia justicia como trapos de inmundicia, diciendo: “en el Señor solo está la justicia”? ¿Cuenta todas las cosas como pérdida y basura para po-

der ganar a Cristo no teniendo su propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que es de Dios por la fe (Fil. 3:9)? ¿[Renuncia a sí mismo] para ser guiado y conducido, regido y gobernado por él como su Señor y Rey Soberano, obedeciendo de corazón y con alegría todas sus leyes y sus mandamientos, diciendo: “Otros señores fuera de ti se han enseñoreado de nosotros; pero en ti solamente nos acordaremos de tu nombre” (Is. 26:13).

E. Utilicemos todos los oficios de los cuales está investido este Redentor poderoso y que, como Mediador, cumple para beneficio de la raza humana en ruinas. Nuestra necesidad de estos oficios es absoluta. Somos tontos y necios, necesitamos su sabiduría para guiarnos y dirigirnos; y somos ignorantes, tanto en cuanto a nosotros mismos como a Dios, por lo que requerimos conocimiento e instrucción. Somos pecadores culpables y condenados, sí, transgresores cotidianos y necesitamos perdón, sí, perdón continuo. Somos débiles, no tenemos fuerza para combatir contra adversarios espirituales y necesitamos la obra de su gran poder como Rey de reyes para poder vencer a nuestros adversarios. Si nos conocemos a nosotros mismos y practicamos la santidad, veremos la necesidad absoluta de todos los oficios de Cristo para lograr nuestra salvación. También querremos bendecir a Dios cada día por un Redentor total y todo suficiente. ¡Hagan uso de él diariamente en todos sus oficios gloriosos y honrenle poniendo todo en sus manos como su Profeta, Sacerdote y Rey!

Tomado de “An Illustration of the Doctrines of the Christian Religion”

(Una ilustración de las doctrinas de la religión cristiana),

Parte 1, en *The Whole Works of Thomas Boston* (Las obras completas de Thomas Boston), Tomo 1, Tentmaker

Publications, www.tentmakerpublications.com.

Thomas Boston (1676-1732) Pastor y erudito presbiteriano escocés; nacido en Duns, Berwickshire, Escocia.



Hay el Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres en uno. Entonces el Padre es mi Dios; él me ha amado, me ha escogido, me ha engendrado, ha provisto para mí, es mi Padre, mi todo. Entonces, también el Hijo adorado es mío. Jesús, el Redentor, el Profeta, Sacerdote y Rey, el Intercesor, el Juez, mi todo. Entonces el Espíritu Santo es mío; el Instructor, el Dador de Vida, el Santificador, el Consolador. Rocío, fuego, viento, paloma —sea cual fuere la metáfora bajo la cual se esconde— él es mi todo. El Padre, el Hijo, el Espíritu Santo; a estos tres amados y gloriosos de la única e invisible Deidad, la fe dice: “Mi Dios”. —*Charles Spurgeon*

[Dios] lo ha exaltado, constituyéndolo Profeta, Sacerdote y Rey de su Iglesia, invistiéndolo de poder, levantándolo de entre los muertos y sentándolo a su diestra. Al que Dios escoge y utiliza, a éste exaltará. Él lo ungió, lo hizo apto para su oficio y

lo confirmó dándole el Espíritu, no con medida, sino sin medida, infinitamente más que sus prójimos. Es llamado *Mesías* o *Cristo* el *Ungido*. Con todo esto, lo designó para ser su propio siervo, para cumplir su propósito eterno y adelantar los intereses de su reino entre los hombres. —*Matthew Henry*

LA PERSONA, LA NATURALEZA Y LOS OFICIOS DEL MEDIADOR

William Whitaker (1548-1595)

*“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios
y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5).*

La comunión con Dios es nuestra única felicidad. Es el cielo de los cielos y es el comienzo del cielo aquí en la tierra. El único fundamento de esta comunión es el pacto de gracia y la gran excelencia de este pacto de gracia es que fue establecido por el único Mediador, Jesucristo.

I. LA ÚNICA MANERA DE QUE HAYA UNA RELACIÓN DE AMISTAD ENTRE DIOS Y EL HOMBRE ES POR LA INTERVENCIÓN DE UN MEDIADOR. El texto lo expresa. Si el hombre en su estado de inocencia necesitaba un Mediador, es algo que se discute entre personas eruditas y sensatas; pero cuando se trata del hombre caído, todas reconocen que necesita un Mediador. Sin un Mediador, Dios no puede sino considerar a los hombres como rebeldes, traidores y objetos merecedores de su ira vengativa. Por otro lado, los hombres no pueden considerar a Dios sino como un Rey que ha sido provocado, un juez airado, un fuego consumidor. Por lo tanto, si no fuera por la intervención de un Mediador (es decir, una tercera persona que se coloca entre Dios y nosotros que estamos en desacuerdo con él, para procurar una reconciliación y amistad), no podríamos más que temer la presencia de este Dios y procuraríamos escondernos como procuraban hacerlo nuestros primeros padres en aquel oscuro intervalo entre su pecado y la ayuda prometida en Génesis 3:15... “se escondieron de la presencia de Jehová” (Gn. 3:8).

II. EL ÚNICO MEDIADOR ENTRE DIOS Y LOS HOMBRES. “Un Mediador”, es decir, sólo uno... Así como en la primera parte de este versículo, Dios es identificado como un solo Dios, excluyendo a todos los demás, dice aquí que Cristo es “un solo mediador”, sólo uno. Este Mediador es descrito aquí en parte por su *naturaleza*: “hombre” y, en parte, por su *nombre*: “Jesucristo”.

A. Su naturaleza: “Jesucristo hombre” o sea, “ese hombre eminente”, afirman algunos; “él, que fue hecho hombre”, afirman otros.

OBJECCIÓN: “¿Pero por qué se menciona a este Mediador sólo en esta naturaleza?”

RESPUESTA: (1) *Negativamente*: No es para restarle dignidad, como si no

fuera Dios al igual que hombre, como aducen los arrianos¹ basándose en este versículo. Ni como si el cumplimiento de su oficio de mediador fuera sólo o principalmente en su naturaleza humana, como afirman algunos papistas, aunque otros lo niegan... (2) *Positivamente*: Para probar que Jesucristo era el Mesías verdadero que los profetas anunciaron y que los patriarcas esperaban. En esa naturaleza había sido muy frecuentemente prometido en el primer evangelio jamás predicado, que profetizaba que vendría como Simiente de la mujer (Gn. 3:15). Además, el Apóstol menciona a Cristo en esta naturaleza sólo para alentar el cumplimiento del deber de orar acerca del cual acababa de exhortar (1 Ti. 2:1-3); con ese mismo propósito es mencionado en esta naturaleza únicamente (He. 4:14-16).

B. Sus nombres: “Cristo Jesús”. *Cristo* era el nombre que lo describía. *Jesús* era su nombre propio.

Cristo denota los varios oficios que utiliza en esta obra de salvación. Cristo es la palabra griega que en hebreo significa Mesías o sea: “Ungido”. Bajo la Ley, la ordenación solemne o el apartar tanto cosas como personas para cumplir servicios especiales, se hacía por ungimiento. Es así que leemos acerca de tres tipos de personas que eran ungidas: Reyes, sacerdotes y profetas y, en relación con estos tres oficios, Jesús es llamado Cristo.

Jesús denota la obra y el porqué de su venida al mundo, tal como dijo el ángel que vino del cielo como un heraldo para proclamar su encarnación: “Llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt. 1:21). Otros en las Escrituras tuvieron ese nombre; no obstante, fue dado a él eminentemente y no como a los otros, a quienes se referían como un tipo de ese Salvador perfecto que vendría después de ellos y salvaría a su pueblo de sus pecados.

De las palabras que acabamos de explicar brevemente, surgen estas dos doctrinas:

PRIMERA DOCTRINA: *No existe otra manera para que haya comunión entre Dios y el hombre, sino a través de un Mediador.* Por cierto que si consideramos lo que Dios es y, a la vez, lo que es el hombre, ¡qué desproporcionada, qué incompatible es nuestra naturaleza comparada con la de él! ¿Cómo puede ser posible que haya alguna dulce comunión entre los que, no sólo son infinitamente distintos, sino también tan extremadamente opuestos? Dios es santo, en cambio nosotros somos pecadores. En él no hay más que luz, en nosotros nada más que oscuridad. En él no hay nada que sea malo; en nosotros nada que sea bueno. Él es todo belleza, nosotros nada más que imperfección. Él es justicia y nosotros culpabilidad. Él “fuego consumi-

¹ **Arrianos** – Seguidores del hereje Arrio (c. 256-336), presbítero de Alejandría que negaba la eternidad de Jesucristo y enseñaba que hubo un tiempo “cuando el Hijo no existía”.

dor”, nosotros rastrojo seco (Is. 6:3 con Gn. 3:5; 1 Jn. 1:5 con Ef. 5:8; Ro. 7:18). En suma: Él es infinita e inefablemente glorioso; en cambio nosotros somos polvo y ceniza y pobres pecadores que nos hemos hundido y rebajado al peor nivel de las criaturas convirtiéndonos en una carga para toda la creación. ¿Puede haber alguna comunión, alguna amistad, entre seres así? “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (Am. 3:3). ¿Y qué acuerdo puede haber alguna vez, sino a través de un Mediador?

Si alguna vez se reconcilia Dios con nosotros, tiene que ser a través de un Mediador debido a esa necesidad indispensable de satisfacción y nuestra imposibilidad de lograrla (Ro. 8:7). Si alguna vez hemos de reconciliarnos con Dios, tiene que ser a través de un Mediador por esa enemistad contra toda las cosas de Dios enraizada en nuestra naturaleza y por nuestra incapacidad de cambiar. Por tanto, en ambos sentidos —porque Dios está dispuesto a ser nuestro amigo y porque nosotros no estamos dispuestos a ser amigos de él— se necesitan los oficios de un Mediador (2 Co. 5:19; cf. Jn. 14:6).

SEGUNDA DOCTRINA: *No hay otro Mediador entre Dios y los hombres más que Jesucristo.* “Y un solo mediador”, es decir, nada más que uno. La obsesión de los papistas por imponer múltiples mediadores aparte de Dios y de nuestro Mediador, no tiene otro fundamento más que su superstición... En todo el Nuevo Testamento este título de Mediador es dado sólo a Cristo (He. 8:6; 9:15; 12:24). Ciertamente que no hay ningún otro, sino él, el único apto para realizar una obra tan sublime.

PRIMERA RAZÓN: *La singular idoneidad de su persona para esta obra insigne.* Actuar como un Mediador entre Dios y el hombre es una obra fuera de la capacidad de hombres, ángeles y cualquier otra criatura, excepto Jesucristo, quien debido a lo digno de su persona era en todo sentido apto para esta obra, a saber:

A. Jesús era realmente Dios, igual con el Padre, de la misma naturaleza y sustancia. No sólo *homoiousios* (de una naturaleza similar), sino *homoousios* (de la misma naturaleza) como dijo claramente Atanasio², aquel famoso campeón de la deidad de Cristo, en contra de los arrianos. “En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Co. 2:9). No se trata de la plenitud de la divinidad, sino de la Deidad, dando a entender una identidad de consubstancialidad con Dios el Padre y el Espíritu Santo. Aunque la esencia se manifieste de distintas maneras en las distintas personas de la bendita Trinidad —en el Padre, “sin recibirla de nadie más”, en el Hijo por una generación eterna y en el Espíritu Santo en sus acciones—; no obstante, es la misma esencia de Dios en las tres personas porque tal es la sencillez

² **Atanasio** (c. 296-373) – Cristiano devoto, de mente clara, teólogo habilidoso y campeón de la deidad de Cristo contra Arrio y el arranismo durante la mayor parte del siglo IV, nacido en Alejandría, Egipto.

infinita de esta esencia que no puede ser dividida ni fraccionada. Siendo así, Cristo (sin decir nada de las otras dos personas) es denominado el Hijo de Dios como uno igual con el Padre. Sobre esto es que los judíos basaron sus argumentos cuando lo acusaron de blasfemia: “También decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (Jn. 5:18). La fuerza del razonamiento de ellos radica en esto: El unigénito Hijo de Dios es verdaderamente Dios e igual a Dios, mientras que el hijo del hombre natural es una persona, igual y de la misma sustancia que su padre. Los ángeles y los hombres son hijos de Dios por adopción; en cambio Cristo es el unigénito Hijo de Dios y, por lo tanto, realmente Dios. “Yo y el Padre uno somos” (Jn. 10:30). “No estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse...” (Fil. 2:6).

Otros argumentos que lo confirman, son:

1. Aquel a quien las Escrituras honran con todos esos nombres que corresponden sólo a Dios, tiene que ser [necesariamente] Dios. Los siguientes son los nombres que le atribuyen las Escrituras. No sólo es llamado Dios —“El Verbo era Dios” (Jn. 1:1)—, sino Dios con características adicionales que no tenían ningunos de los magistrados quienes, por ser sus representantes o agentes aquí en la tierra, son llamados a veces “dioses” (Sal. 82:6), ni ningún ser humano alcanza la altura necesaria para que pueda ser llamado “nuestro gran Dios” (Tit. 2:13), “el verdadero Dios” (1 Jn. 5:20), “Dios Fuerte” (Is. 9:6), “bendito por los siglos” (Ro. 9:5), “Señor de gloria” (1 Co. 2:8), “Señor, es del cielo” (1 Co. 15:47) y sí, aquel gran nombre: “Jehová, justicia nuestra” (Jer. 23:6).

2. Aquel en quien moran esas elevadas y eminentes perfecciones, esos atributos gloriosos que ninguna criatura tiene la capacidad de poseer, tiene que ser [necesariamente] más que una criatura y, en consecuencia, es Dios.

a. *Aquel que es omnipotente*, cuyo poder es ilimitado, *tiene que ser [necesariamente] Dios*. Aun el poder más grande de las criaturas tiene su *non ultra*³, hasta allí puede llegar, “Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante” (Job 38:11). En cambio, de Cristo dice la Palabra que es “el Todopoderoso” (Ap. 1:8), “el Señor nuestro Dios Todopoderoso” (Ap. 19:6).

b. *Aquel que es omnisciente*, que escudriña los corazones, que tiene una ventana apuntando al corazón de cada ser humano, puede examinar todas las partes y los rincones de nuestras almas, que puede ver a través de todos los velos y máscaras, que ningún ojo humano puede traspasar, *tiene que ser [necesariamente] Dios*. Y estas son las excelencias adjudicadas a Cristo: “No tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre” (Jn. 2:25). “Yo soy el que escudriña la mente y el corazón” (Ap. 2:23); “él conocía los pensamientos de ellos” (Lc. 6:8; Mr.

³ *non ultra* – En *latín*: El límite máximo alcanzado o posible.

2:8; Jn. 13:19, 21-27, etc.).

c. *Aquel que llena los cielos, la tierra y todo lugar con su presencia tiene que ser [necesariamente] Dios.* Cristo lo era en el cielo mientras estaba en la tierra: “el Hijo del Hombre, que está en el cielo” (Jn. 3:13); “donde yo estoy” (Jn. 14:3). Cristo como Dios estaba entonces en el cielo, cuando como hombre estaba en la tierra; entonces, como Dios está todavía en la tierra, aunque como hombre está sentado a la diestra de Dios en el cielo: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20).

d. *Aquel que es inmutable y eterno tiene que ser [necesariamente] Dios.* “Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán” (Sal. 102:25-27). Cristo también es “Padre eterno” (Is. 9:6), “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (He. 13:8).

e. *Aquel que tiene vida en sí mismo y es fuente de vida para otros, tiene que ser [necesariamente] Dios.* Así es Cristo, “Autor de la vida” para otros (Hch. 3:15) y tiene “vida en sí mismo” (Jn. 5:26).

3. Aquel a quien se le adjudican esas obras infinitas, que ningún poder menor que la omnipotencia es capaz de realizar, tiene que ser [necesariamente] más que una criatura. Aquel que puso el fundamento de la tierra, que por su palabra de la nada fueron hechas todas las cosas, que las preserva para que no se conviertan en polvo y se hundan nuevamente en la nada; que podía perdonar el pecado, destruir al que tenía el poder de la muerte, someter a principados y poderes, redimir a su Iglesia y que prometió llevar a su pueblo triunfante al cielo (Mr. 2:5, 7ss; He. 2:13-15), tiene que ser [necesariamente] Dios. Además, todas las obras de la infinidad son adjudicadas a Cristo: La obra de creación: “sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Jn. 1:3), de sustentación: “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (He. 1:3), de redención: “la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hch. 20:28).

4. Aquel a quien los ángeles adoran, ante quien caen postradas las más elevadas y mejores criaturas, rindiendo el culto que sólo Dios merece, tiene que ser [necesariamente] más que una criatura. Por eso dice de Cristo la epístola a los Hebreos: “Adórenle todos los ángeles de Dios” (He. 1:6); “lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra” (Mt. 2:11)...

B. Así como es verdaderamente Dios, es también hombre completo y perfecto, teniendo, no sólo un cuerpo humano, sino un alma racional. En todas las cosas era como nosotros, con la excepción del pecado. Que tenía un cuerpo de verdad, no un cuerpo imaginario, es evidente por toda la his-

toria del evangelio. Aquel que fue concebido [por el Espíritu Santo], que nació, fue circuncidado, que tenía hambre, sed, que sudaba gotas de sangre, que fue crucificado; aquel que iba de un lugar a otro y que no cometió pecado, tenía todos esos sentimientos que son propios del cuerpo, tenía realmente un cuerpo de verdad; tal era el cuerpo de Cristo.

La historia del evangelio muestra a las claras que tenía un alma humana. Aquel que creció en sabiduría y conocimiento, como dice de Cristo Lucas 1:80 y 2:40, dice también Marcos: “Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre” (Mr. 13:32). Siendo Dios, sabía todas las cosas; siendo hombre sus conocimientos eran los de una criatura y, por lo tanto, limitados. Todo esto muestra que tenía un alma al igual que un cuerpo y que era hombre en todo sentido. Toda la naturaleza del hombre se había corrompido, estaba destruida; por lo tanto, era necesario que Cristo fuera hombre en su totalidad para que la totalidad del ser humano fuera restaurada y salvada.

C. Es Dios y hombre en una persona. Tenía dos naturalezas, pero era sólo una persona; había una sustancia doble: divina y humana, pero no una subsistencia doble⁴... Por tanto, ambas naturalezas forman un solo Cristo. Era Hijo de Dios e Hijo del hombre, no dos Hijos, sino uno solo. Nació de Dios y nació de una virgen, pero eso con respecto a sus dos naturalezas diferentes. Así es que Cristo era Hijo de David y Señor de David, Hijo de María y también el Salvador y Hacedor de María.

Comprender correctamente esto nos puede ayudar a reconciliar las aparentes discrepancias en cuanto a Cristo que ocurren a menudo en las Escrituras. Estas dicen que nació de mujer y también que no tuvo “principio de días”. Cristo dijo que su Padre era más grande que él, pero por otro lado, que era igual al Padre. Todo esto puede esclarecerse por medio de lo siguiente: [él] era solo una persona. Por lo tanto, como hombre, que consiste de alma y cuerpo, las acciones de cada parte se le adjudicaban a la persona total. El hombre tiene entendimiento; no es su cuerpo, sino su alma la que entiende; sin embargo, se le adjudica a la persona aunque el hecho en sí, es solo de una de las partes. Lo mismo se aplica a esta unión hipostática⁵ en la que las dos naturalezas en una persona y los actos de cada naturaleza son adjudicados a la persona completa. Por eso dicen las Escrituras que si los judíos hubieran tenido la sabiduría de Dios “nunca habrían crucificado al Señor de gloria” (1 Co. 2:8) o sea que crucificaron a la persona que era el Señor de gloria. Dice Hechos 20:28 que Dios compró la Iglesia con su propia sangre. Como Dios no podía derramar su sangre,

⁴ **No una substancia doble** – Jesús tenía dos naturalezas, pero no existía como dos personas.

⁵ **Hipostática** – De *hipostático*, término teológico que denota la unión de la deidad en su totalidad con la humanidad en su totalidad en la persona de Jesucristo.

en cambio lo hizo aquella persona que era Dios, quien “se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn. 1:14). Igualmente, dice la Palabra, que Cristo estaba en el cielo cuando estaba en la tierra o sea que estaba en el cielo como Dios. Por lo tanto, lo que es propio de cada naturaleza —*en razón de la unión hipostática*— se adjudica a la persona entera.

D. Esta unión de dos naturalezas en un persona ocurre sin confusión ni transmutación⁶; las naturalezas permanecen distintas y también sus propiedades y operaciones, a pesar de esta unión. Algunas cosas son propias de la Deidad, las cuales el *humano* es incapaz de tenerlas, y algunas son propias del humano, de las cuales la *Deidad* es incapaz. No podemos decir que la Deidad tuviera sed, que estuviera cansado ni que hubiera muerto; tampoco podemos decir que el humano fue el manantial de todo ser, el Creador y Preservador de todas las cosas ni que es eterno ni omnipresente, aunque podríamos decir todo esto de la misma persona.

Los escritores eruditos han hecho la observación de que dividir la persona que es una sola y confundir las naturalezas que son dos, ha ocasionado esos grandes errores en este artículo de fe por el que la paz de la Iglesia ha sido alterada. Y es por estos cuatro errores sobre los cuales han escrito que han surgido cuatro herejías.

1. Los *arrianos*, que negaban la deidad de Cristo, ante lo cual el concilio de Nicea determinó que era “realmente Dios”.

2. Los *apolinarianos*, que mutilaban y mal interpretaban su naturaleza humana, contra quienes el concilio de Constantinopla determinó que Cristo fue “completa y perfectamente hombre”.

3. Los *nestorianos*, que dividían a Cristo en dos personas por sus dos naturalezas, contra quienes el concilio de Éfeso determinó que era Dios-hombre en una persona, “sin separación”.

4. Los *eutiquianos* que fusionaban estas dos naturalezas en una persona, contra lo cual el concilio de Calcedonia determinó que era Dios-hombre en una persona, “sin confusión ni mutación” de las naturalezas.

Pero sobre las cuatro herejías mencionadas, ya se ha dicho lo suficiente como antídoto contra esos errores peligrosos. Y, si consideramos realmente todo, no podemos dejar de ver una gran razón por qué debiera ser llamado “Admirable” (Is. 9:6). Buena razón tuvo el Apóstol de exclamar con admiración: “indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad” (1 Ti. 3:16).

E. Lo singularmente idóneo de Cristo para esta obra de mediación surge de ser Dios-hombre en dos naturalezas unidas sin confusión ni transmutación en una persona.

⁶ **Transmutación** – El cambio de una cosa a otra substancia o en algo de una naturaleza diferente.

1. Si no hubiera sido realmente Dios, hubiera sido una persona inepta para una obra tan elevada. Fue Dios quien había sido ofendido, una Majestad que había sido despreciada; por lo tanto, la persona interpuesta debe tener alguna igualdad con Aquel con quien se interpone. Si toda la compañía de ángeles diligentemente intervinieran a nombre del hombre, hubiera sido de poco efecto; Cristo fue infinitamente superior a cualquier otro y esto porque era realmente Dios.

2. Si no hubiera sido completamente hombre, no habría sido capaz de cumplir esa condición indispensable que Dios exigía para reconciliarse o sea, la satisfacción de la sentencia justa que Dios había emitido: “El día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gn. 2:17). Era necesario que fuera hombre para poder morir (lo cual Dios no podía hacer) y que la justicia de Dios pudiera ser satisfecha por la misma naturaleza por la que había sido ofendido.

3. Si no hubiera sido Dios y hombre en una persona, los sufrimientos de su naturaleza humana no hubieran podido derivar ese valor infinito de la naturaleza divina. No hubiéramos podido invocar su sangre, la sangre del Señor [como lo sugiere Hebreos 9:14: “¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?"]. En Hechos 20:28 al dirigirse a los obispos, el apóstol Pablo dice: “Os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre”. De otra manera, no hubiera sido más que la sangre de una criatura y, consecuentemente, tan ineficaz como la sangre de toros, etc. (He. 9:12; 10:4).

4. Si Cristo no hubiera sido Dios-hombre sin confusión de naturalezas, su deidad hubiera trascendido a su humanidad al punto de perder la capacidad de sufrir, o su humanidad hubiera disminuido su deidad por debajo de su capacidad de ser meritoria, lo cual, sólo imaginarlo es una blasfemia...

SEGUNDA RAZÓN: *La aptitud singular de Cristo para llevar a cabo sus oficios con absoluta idoneidad.* Todo ser humano sufre tres desgracias que son una barrera triple que le impide tener comunión con Dios. (1) *La culpa por sus pecados* que no tienen una manera de expiar ni satisfacer. (2) *La ceguera de su mente*, cuya cura es demasiado difícil para cualquier médico humano. (3) *Su esclavitud y cautividad al pecado y Satanás*, que son enemigos demasiado fuertes como para que el hombre pueda vencerlos. Sólo Cristo es idóneo para suplir estas tres grandes necesidades, él es ungido por Dios para cumplir el oficio tripartita de Sacerdote, Profeta y Rey, cumpliendo el primero de estos lo usa como argumento en nuestro nombre ante Dios y los dos últimos de Dios a nosotros.

A. El oficio sacerdotal de Cristo es el gran y único alivio que tenemos contra la culpa del pecado. Bajo la Ley, la obra del sacerdote consistía principalmente de estas dos partes: 1. *Satisfacción por los pecados del pueblo* (Lv. 4:15-19, etc.) y 2. *Intercesión ante Dios a favor de ellos* (Lv. 16:15-17). Ambos aspectos fueron cumplidos en Cristo, nuestro “gran sumo sacerdote” (He. 4:14). De allí que el Apóstol nos exhorta a acercarnos “confiadamente al trono de la gracia” (v. 16). Lo que otros habían hecho a modo de *tipo*, Cristo lo hizo de *verdad*.

1. Su satisfacción, aun su pago por el pecado más pequeño de su pueblo, tuvo que pasar por la prueba de la justicia divina. De hecho, lo hizo ofreciendo aquel sacrificio único que valía infinitamente más que todos aquellos millones de sacrificios ofrecidos en la antigüedad, los cuales tuvieron su propia virtud y eficacia. Los sacerdotes de antaño ofrecían criaturas; en cambio, el Sumo Sacerdote se ofreció a sí mismo (Ef. 5:2). Aquellos ofrecían la sangre de toros, etc. (He. 9:12-13), en cambio Cristo, ofreció su propia sangre (Hch. 20:28). Aquellos ofrecían muchos sacrificios, en cambio Cristo sólo uno, pero ese único excedía infinitamente a todos los anteriores. Fue tan completo que “una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (He. 10:14).

2. Su intercesión: Ésta es la otra parte de su oficio sacerdotal. Su satisfacción se cumplió en la tierra; su intercesión se cumple mayormente en el cielo. Por la primera, compró nuestro perdón y reconciliación (2 Co. 5:19, ver 5:21); por la segunda, aplica los beneficios que compró. Aunque sufrió mientras estaba en la tierra, obtuvo beneficios que abarcan todas las épocas de la Iglesia, tanto antes como después de su pasión. Por medio de su intercesión, aboga ante el Padre, presentándole su sacrificio como mérito para que nos otorgue bendiciones. Por ende, aquel gran Apóstol une a los dos como fundamento de toda la consolación que ofrece: “Cristo es el que murió;... el que también intercede por nosotros” (Ro. 8:34). Ambos son un alivio tan completo, tan suficiente contra la culpa del pecado que, aunque no contamos con otro mediador, tampoco lo necesitamos. Así como los sacerdotes presentaban el nombre de los penitentes ante el Señor, lo hace también Jesucristo presentándole los nombres de sus escogidos. Pero el sumo sacerdote de la antigüedad sólo podía presentarse ante el Señor en ciertos momentos, entraba sólo una vez al año al Lugar Santísimo. En cambio Cristo, nuestro Sumo Sacerdote espiritual, no sólo entró, sino que también se sentó a la diestra de Dios para interceder constantemente por su Iglesia: “Entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención” (He. 9:12, 24-25; 10:12; 7:25; 1 Jn. 2:1). Y además de su constancia, pensemos en la eficacia de su intercesión: El Dios que tiene en cuenta el clamor de los cuervos, el que tuvo en cuenta la humillación de Acab, el Dios que es presto en contestar y honrar las oracio-

nes de su propio pueblo, con más razón tiene en cuenta la oración de su Hijo unigénito, que presenta su sangre en la oración y no lo hace por ninguna otra cosa que lo que Cristo pagó para comprar nuestra salvación. Aquel que es un Sumo Sacerdote tan grande, es absolutamente propicio para la obra de mediación de este oficio.

B. El oficio profético de Cristo es el gran y único alivio que tenemos contra la ceguera e ignorancia de nuestra mente. Él es aquel gran Profeta de su Iglesia que Moisés predijo, lo que los judíos esperaban y todos los hombres necesitaban (Dt. 18:15; Jn. 1:24-25, 45; 6:14); el Sol de Justicia, quien con sus rayos disipa la bruma de la ignorancia y el error que oscurece la mente de los hombres. Por eso es llamado, para demostrar su eminencia, “la luz” (Jn. 1:8) y “luz verdadera” (Jn. 1:9). El cumplimiento de este oficio profético fue revelar la suficiencia de la voluntad de Dios necesaria para nuestra salvación, en parte haciendo que estas revelaciones fueran poderosas y eficaces.

1. En revelar la voluntad de Dios porque “a Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Jn. 1:18). La manera de revelar la mente de Dios ha sido diferente en distintas épocas.

a. *A veces, haciendo uso de instrumentos, a veces ordinarios y otras veces extraordinarios.* Ordinarios como los labios de los sacerdotes que debían preservar la sabiduría (Mal. 2:7; 2 Cr. 15:3) y, bajo el evangelio, deben hacerlo los pastores y maestros. O *extraordinarios*, como los profetas bajo la Ley, y como los apóstoles y evangelistas durante el naciente evangelio (Ef. 4:11-13).

b. *Por algún tiempo, instruyendo inmediatamente a su Iglesia en cuanto a su propia Persona.* “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” (He. 1:1-2).

2. Al iluminar eficazmente las almas de su pueblo, haciendo que los ciegos vieran y haciendo que los que andaban en tinieblas fueran “luz en el Señor” (Ef. 5:8). Instruye con su Palabra y con su Espíritu (1 P. 1:12) y, por la soberanía que tiene sobre el corazón de los hombres, los ablanda para que reciban su Palabra. Aquel que puede hablar así, no sólo al oído, sino al corazón en este oficio, es totalmente idóneo para la obra de mediación.

C. El oficio real de Cristo es grande y el único alivio que tenemos contra nuestra esclavitud bajo el pecado y Satanás. Aquel a quien “toda potestad... es dada... en el cielo y en la tierra” (Mt. 28:18). Aquel a quien Dios levantó de entre los muertos y lo sentó “a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero;

y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Ef. 1:20-22; He. 2:8; Fil. 2:9-11; 1 Co. 15:27-28) es el que da “libertad a los cautivos” y “a los presos apertura de la cárcel” (Is. 61:1).

Cumple este gran oficio de Rey, principalmente con estos actos reales:

1. Reuniendo en sí a un pueblo de entre todas las familias, naciones y lenguas (Gn. 49:10; Is. 2:2-3) y haciéndolos un pueblo que se ofrece voluntariamente en el día de su poder (Sal. 110:3).

2. Gobernando a ese pueblo con leyes oficiales y censuras ordenadas por él (1 Co. 3:2-8; Is. 33:22; Ef. 4:11-12; Mt. 18:17-18).

3. Llevando a todos sus escogidos a un estado de gracia salvadora y manteniendo viva esa gracia en sus almas, aunque sea como una chispa de fuego en un océano de agua, llevándolo a la perfección y coronándolo de gloria (1 P. 1:3-5; Ef. 4:12-13; 1 Ts. 4:16-17).

4. Refrenando, anulando y, por último, destruyendo todos sus enemigos y los enemigos de su Iglesia (Sal. 110:1). A los que no se someten al cetro de su gracia, los gobierna con su “vara de hierro” y, al final, “como vasija de alfarero los desmenuzará” (Sal. 2:9).

Así es Cristo, no sólo con respecto a lo digno de su persona, sino a su idoneidad para cumplir sus oficios, el único Mediador entre Dios y los hombres...

APLICACIÓN 1: Esto nos hace ver lo abominablemente insensato y miserable que es todo el que desprecia a este Mediador. Hay un solo Mediador, un solo camino a la reconciliación con Dios, un solo camino para que sean perdonados nuestros pecados, limpiada nuestra naturaleza, restaurado el favor de Dios, cambiada nuestra condición y, todo esto, a través de la mediación de Cristo. ¿Se dirá de nosotros, como dijo Cristo mismo de esos judíos neciamente obstinados: “no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Jn. 5:40)? En Cristo, somos justificados para librarnos de la muerte eterna a la cual la Ley nos sentencia; además está la santificación para librarnos de la muerte espiritual que por naturaleza nos corresponde (Col. 3:4). En él hay suficiente alivio ante cualquier desaliento ¿y seremos tan enemigos de nosotros mismos, tan desvergonzados en cuanto a nuestras propias preocupaciones, como para rechazar la ayuda que él ofrece y que nosotros tanto necesitamos?

A. El que rechaza a este Mediador, peca contra la mayor y más grande misericordia que puede ser concedida a las criaturas. La Palabra menciona como un admirable acto de amor por parte de Dios que amó *tanto* al mundo, que dio a su “Hijo unigénito” (Jn. 3:16), *tanto* que no tiene comparación, *tanto*, que sobrepasa toda otra expresión. Y, oh, que maravillosa condescendencia fue la de Cristo, quien “no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse” y decidió tomar “forma de siervo hecho semejante a

los hombres y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:6-8; Jn. 15:13; ver Ro. 5:8). ¡Y todo esto como nuestro Mediador! No disfrutamos de ninguna piedad que no sea el fruto de esta misericordia.

B. Identifique su propia condición. Puede ser como la del pagano, cuya desgracia es ésta: Está sin Cristo y, por lo tanto, sin esperanza (Ef. 2:12). Sí, la misma de los demonios, que no tienen mediador que intervenga ante Dios a su favor; sino que, así como pecaron a causa del tentador, así perecen sin un Salvador. Ésta es la desgracia de ellos, *¿sería esto lo que elegiríamos?*

C. De ser así, su condición es peor que la de ellos, porque desprecia la misericordia que a ellos nunca les fue ofrecida. El peligro de este pecado fue claramente identificado por el Apóstol (He. 2:3; 10:28-30; 12:25).

SEGUNDA APLICACIÓN: Decídase a hacer buen uso de todos los oficios de Cristo, en quien tiene un antídoto universal contra todo desaliento. ¿Está su conciencia *alarmada* por el estruendo de las amenazas de las Escrituras y las maldiciones de la Ley? Recorra sin demora a aquella “sangre rociada”, cuya voz es mucho más fuerte que el clamor de sus pecados (He. 12:24). ¿Ha sido *mordido* por el reptil de sus corrupciones? Eleve su mirada a Cristo como su Serpiente de Bronce para que cure sus heridas y lo libre de la muerte (Jn. 3:14). ¿Está *desanimado* por sus oraciones porque han sido hasta ahora pecaminosamente defectuosas? Considere la intercesión de Cristo y cobre aliento en virtud de ella (1 Jn. 2:1; He. 4:14, 16). ¿Está *afligido* por su propia contumacia? Ponga sus ojos en él como el gran Profeta enviado por Dios y ruéguele que le dé las enseñanzas interiores y eficaces de su Espíritu para que pueda hablar con tanto poder de su Palabra a su muerto corazón como una vez habló a Lázaro ya muerto (Jn. 11:43). ¿Se siente *inquieto* por dudas y temores con respecto a su propia perseverancia? Aunque las tentaciones son alborotadoras y violentas las corrupciones, confíe en Aquel que se halla sentado a la diestra del Padre hasta que todos sus enemigos se conviertan en estrado de sus pies (Sal. 110:1; Col. 1:11). ¿Está usted *lleno de temores* a causa de Sion, las aflicciones, los peligros, los enemigos de la Iglesia? Recuerde: El Padre “lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Ef. 1:22).

En suma: Sean cuales fueren sus aflicciones o problemas, la mediación de Cristo es alivio suficiente.

Tomado de “The Mediator of the Covenant, described in His Person, Natures, and Offices” (El Mediador del Pacto, descrito en su persona, naturalezas y oficios) en *Puritan Sermons* (Sermones puritanos), Tomo 5, Richard Owen Roberts, Editores.

William Whitaker (1548-1595): Teólogo puritano; nacido en Holme, Burnley, Lancashire, Inglaterra.



UN MEDIADOR

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“Y el mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno” (Gálatas 3:20).

El texto no parece difícil, pero para el exégeta serio es muy desconcertante. Al consultar a un comentarista antiguo, gran favorito mío, decía que había doscientos cincuenta significados diferentes dados por expositores a este versículo. En 1587, John Prime lo llamó “un laberinto sin fin”. Pensé: “Oh, ¡aquí tengo un gran bosque donde perderme! ¡Doscientos cincuenta significados!”. Cuando investigué lo que decía un autor más moderno, pero gran erudito, encontré que afirmaba que existían más de cuatrocientas interpretaciones. Esto era pasar de un bosque a una selva, una selva oscura, donde podía perderme y nunca encontrar la salida. ¿Debiera predicar sobre un texto así? Sí. Pero no sin antes preocuparme por estas múltiples interpretaciones. Sin duda, algunas de ellas son incorrectas; otras deben ser bastante acertadas. Entonces, ¿qué significa el pasaje? No me aventuro a decir que lo sé, pero sí me atrevo a decir que sé cómo usarlo con un propósito práctico. Si el Espíritu de Dios nos ayuda, encontraremos nuestro camino siguiendo una pista muy sencilla para arribar a un significado práctico y valernos de su contenido para provecho de nuestra alma.

¡Un mediador! ¿Qué es un mediador? Es un intermediario, una tercera persona que se interpone entre dos partes que de otra manera no podrían comunicarse. Recordemos el caso de Moisés: La voz de Dios era muy terrible y el pueblo no la podía soportar. Entonces, Moisés intervino y habló en nombre de Dios. La presencia de Jehová en la montaña era tan gloriosa que si los hombres la hubieran escalado, no podrían haber soportado su luz extraordinaria; entonces la escaló Moisés y comenzó a hablar a Dios en nombre de su pueblo. Asumió el oficio de mediador para hablar en nombre del Señor y también para interceder por el pueblo. A esto es lo que se refiere Pablo cuando dice que la Ley “fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador” (Gá. 3:19). Y aquí el Apóstol inserta una especie de afirmación general, una verdad que no parece tener relación con algo dicho antes ni después. Declara esto como una regla general: “Y el mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno”. Pablo posee polvo de oro; cada uno de sus pensamientos es de inmenso valor. Mira un objeto y habla de él, y mientras tanto golpea una piedra con el pie y descubre una veta de oro, pero no se detiene, sigue adelante, como si no hubiera notado el tesoro y deja esa veta de oro para nuestra consideración. Le gusta divagar. Es el estilo de Pablo y el de todos aquellos cuya copa está rebosando. Se centra

en un argumento, pero ve muchos más. Mientras corre hacia la meta, deja caer manzanas de oro en la forma de principios generales que le vienen a la mente en el momento. Visualizo a Pablo dejando caer este principio general. Yo lo encuentro y lo levanto, no para usar como un argumento, sino como un tesoro que quiero usar para nuestro provecho. Un mediador, un intermediario, un intercesor no lo es de uno solo, eso es claro; pero Dios es uno. ¿Qué aprendemos de esto?

I. Primero, EL MEDIADOR NO ES PARA DIOS ÚNICAMENTE. El mediador tiene que ver con dos personas, con Dios y con el hombre. No media por alguna carencia de Dios mismo, porque le haga falta la intervención de algún tipo de mediador. Dios es uno eternamente y si lo vemos como la santa Trinidad, aun así, es una Trinidad en una unidad. Dios es uno. Algunos se autodenominan Unitarios, pero no tienen derecho exclusivo al nombre. Todos los Trinitarios son Unitarios, aunque creemos que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios y que el Espíritu Santo es Dios, no creemos que haya tres dioses, sino uno solo. Ahora bien, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no hay desacuerdos, ninguna razón para disentir y, por lo tanto, no necesita un mediador para sí mismo. Entonces, ¿para quién es necesario un mediador? Pues, para alguien más. Ese alguien más está aquí en esta ocasión y quiero exponerlo. ¡Un mediador! Bendito sea Dios, hay un mediador, pero Dios no lo quiere para sus propios propósitos. *Hay otra persona para quien se requiere un mediador.* ¿Dónde está esa otra persona? Está en el propio Cristo, que nos es dado como mediador al ser enviado en su naturaleza divina y humana. En la vida de Cristo, en la muerte de Cristo, Dios pensaba en otra persona. Al extender su mirada más allá de él mismo a otra persona, proveyó un mediador. Esto debe hacernos pensar seriamente porque, si Dios no estaba considerando su propia necesidad, ¿no estaría considerando la nuestra? Si Dios pensaba tanto en otros como para proveer un mediador, debe significar que pensaba en alguien que sí lo necesita. Oh, alma mía, ¿no estará pensando en mí, que me he apartado de él y vivido muchos años sin él? Puesto que hay un mediador y Dios no lo necesita, ¿no será que tiene el propósito de satisfacer mi necesidad y llevarme de regreso a él?

Ahora bien, según el sentido del texto y el contexto general de las Escrituras, *esa otra persona para quien fue enviado un mediador, es el hombre.* El hombre se apartó de Dios. Se enemistó con Dios, por lo que Dios está airado con él porque aborrece el pecado y tiene que castigar el mal. Por lo tanto, Dios posa su mirada en el hombre y, aquí estoy en esta ocasión, sentado en la casa de oración. ¿Me está mirando a mí? Dios anhela tener comunión con los hombres (Ap. 3:20). Su voluntad es que los hombres sean llevados a él; ¿por qué, entonces, no he de ser yo llevado a él? ¿Por qué tendría yo que vivir distanciado? Aquí hay un mediador; ese mediador no puede ser sólo para Dios porque Dios es uno; tiene que ser para una segunda persona, ¿no seré yo esa

persona? Levanto mis ojos al cielo y ruego: “¡Oh Señor de gracia, concédeme ser esa otra persona para quien existe el mediador!”. Porque un mediador no es para uno y, siendo Dios uno, yo puedo ser la segunda persona que es objeto de la obra de un mediador.

II. Demos un paso más. En segundo lugar, UN MEDIADOR NO ES PARA PERSONAS QUE COINCIDEN ENTRE SÍ. No se necesita un mediador para personas de un mismo sentir. No necesito un mediador entre mi hermano y yo, entre mi hijo y yo ni entre mi esposa y yo. Ya estamos perfectamente de acuerdo en todo y no necesitamos de ningún mediador. Entonces, queda claro que, si se requiere un mediador, es para dos personas que *tienen razones para estar en desacuerdo*. Preste mucha atención a esta verdad y hágala suya. No voy a decir cosas lindas, ni a usar palabras elegantes; sin embargo, le insto a usted que anhela ser salvo: Asegúrese de entender bien lo que estoy diciendo, pues le será de ayuda. ¡Un mediador! Eso es lo que requieren las personas que tienen razones para discrepar con Dios. ¡Pecador, pecador, estas son buenas noticias para usted! El hombre que está en armonía con Dios no necesita un mediador. Lo necesita el que ha provocado a Dios con sus muchos pecados y está lejos de él por lo pecaminoso de su naturaleza. Si éste es su caso, necesita un mediador entre usted y el tres veces santo y es por aquellos como usted que ha aparecido un mediador. ¿Comprende esta verdad? Un mediador no lo es entre los que coinciden totalmente. Es un mediador entre personas que difieren y éste es el caso entre usted y su Dios.

III. El mediador también interviene CUANDO HAY DIFERENCIAS QUE NO PUEDEN RESOLVERSE CON FACILIDAD. Sabemos que si las diferencias son triviales y las dos partes en conflicto están dispuestas a resolverlas, lo hacen lo más pronto posible. En cambio, se recurre al mediador, al árbitro, cuando el caso es difícil. Como lo es por naturaleza su caso y el mío. Hemos pecado. Dios es justo. Él es muy compasivo y está dispuesto a perdonar las faltas contra su Persona, pero también es Rey y Juez de toda la tierra; y debe castigar el pecado. Si no lo hiciera, sería injusto, y la injusticia que no castiga el pecado es una crueldad hacia todos los justos. Si nuestros jueces dictaminaran mañana que cada ladrón, cada asaltante, cada asesino quedara en libertad y fuera perdonado, sería un favor para ellos, pero una crueldad para nosotros. No sería una misericordia auténtica de parte de Dios pasar por alto el pecado sin castigarlo. No podría ocupar su trono como guardián de lo justo y protector de la virtud, si no emitiera juicio contra el pecado. Es aquí, entonces, que percibimos una barrera entre Dios y el culpable; Dios tiene que castigar al transgresor, y el hombre ha transgredido. ¿Cómo reconciliar a los dos? Aquí interviene el mediador, uno entre mil, que puede poner sus manos sobre ambos, resolver su enemistad mortal y establecer paz eterna entre ambos. El mediador no es para aquellos que están unidos, sino para los que tienen diferencias que no pueden

subsanan fácilmente.

IV. En este caso, si el que ha transgredido quiere reconciliarse, le es posible hacerlo, porque el Dios, contra quien transgredió, está dispuesto a hacer las paces. **NO HAY NECESIDAD DE UN MEDIADOR A MENOS QUE AMBAS PARTES ESTÉN DISPUESTAS A RECONCILIARSE.** El mediador que interviene entre dos personas que se aborrecen, pero que no están dispuestas a reconciliarse, cuyo caso no tiene remedio, simplemente pierde su tiempo. Pero, en nuestro caso, Dios está dispuesto a reconciliarse. “No hay enojo en mí” (Is. 27:4). En cambio, el hombre no está dispuesto a reconciliarse con Dios hasta que su gracia le cambia el corazón. Si usted desea terminar su enemistad con Dios y ser su amigo, le alegrará saber que hay un mediador. Jesús está en espera de quitar la barrera que lo separa de Dios y reconciliarlo con él. De hecho, él ya proveyó para esa reconciliación por medio de su propia muerte.

No obstante, para que pueda intervenir un mediador, un árbitro, *ambas partes tienen que estar dispuestas a dejar el asunto en sus manos*. La diferencia que los separa tiene que ser una que ninguna de las dos partes puede eliminar independientemente, que quieren solucionar, y que están dispuestos a poner en manos del árbitro. Dios está listo para confiar nuestro caso a Cristo. Así lo ha hecho. Él se ha valido de la ayuda de uno que es poderoso. Lo ha capacitado y comisionado para que venga como un embajador y establezca la paz entre él y el hombre culpable. Por su parte, ¿está usted dispuesto a poner todo su caso en manos de Cristo para hacer lo que le pida, para reconocer lo que él quiere que confiese, para arrepentirse de aquello que él le convence que ha hecho mal, para corregir aquello por lo que él le dice “Has fallado”? ¿Confiará su caso a un mediador y hará que Jesucristo, el Hijo de Dios, represente su caso? Dios confía plenamente en la capacidad mediadora de su Hijo Jesús y pone todo en sus manos. No teme dejar todo lo concerniente a su gobierno moral y su carácter real en las manos de su Hijo amado. ¿Confiará usted los intereses eternos de su alma a esas mismas manos amadas y traspasadas [en la cruz del calvario]? Si es así, alégrese de que haya un mediador entre dos partes enemistadas durante tanto tiempo: Un mediador entre Dios y usted. Recíbalo ahora en su corazón.

V. Ahora vamos un paso más allá. Un mediador no lo es de uno solo, SINO QUE ANALIZA LOS INTERESES DE AMBAS PARTES. Así es nuestro Señor Jesucristo. Al venir a la tierra, ¿vino para salvar a los hombres? Sí. ¿Vino para glorificar el nombre de Su Padre? Sí. ¿Por cuál de estos dos propósitos vino principalmente? No sé decirlo. Vino por ambos y combina los dos. Cuida de los intereses del hombre y defiende el caso de su alma; cuida de los intereses de Dios y vindica el honor de Dios, aun hasta la muerte. ¿Es él obediente para poder magnificar la ley de Dios y engrandecerla (Is. 42:21)? Sí, pero es mediador para redimirnos de la maldición de la Ley

(Gá. 3:13). Amados, nuestro bendito mediador no lo es de uno solo. Un árbitro no debe tomar partido y un mediador que no entiende más que una de las partes y no se preocupa más que por una de las partes, es indigno de su nombre. Nuestro mediador, el Señor Jesucristo, tiene ambas naturalezas. ¿Es Dios? Sin lugar a dudas es el Dios verdadero. ¿Es hombre? Ciertamente es de la sustancia de su madre, tan verdaderamente hombre como cualquiera de nosotros. ¿Es mayormente Dios o es mayormente hombre? Ésta es una pregunta que ni siquiera debiera formularse y, por lo tanto, no merece respuesta. Él es mi hermano. Es Hijo de Dios. Sí, él mismo es Dios. ¿Qué mejor árbitro podríamos tener que este ser humano divino, que puede poner sus manos sobre ambos, quien, siendo en forma de Dios, aun así llama al hombre su hermano? (Fil. 2:6-8). El mediador no lo es de uno solo, puesto que tiene las dos naturalezas y defiende las causas de ambas. ¡Oh, qué importante es la gloria de Dios para el corazón de Cristo! Él vive, muere y resucita para glorificar al Padre. ¡Oh, qué importante es para Cristo la salvación de los hombres! Él vive, muere y resucita para la salvación del pecador. Tiene el entusiasmo de la humanidad, pero también el de la divinidad. Dios ha de ser glorificado; él muere para que lo sea. El hombre necesita ser salvo; él muere para que lo sea. ¡Qué magnífico mediador, porque no lo es de uno solo, sino que se hace responsable de la causa de ambas partes!

VI. En este oficio, NUESTRO BENDITO MEDIADOR DEFIENDE A AMBAS PARTES, presentado la causa de una a la otra, porque no es mediador de uno solo. Un mediador, cuando quiere negociar la paz, acude a una de las partes, explica el caso, le exhorta y presenta su defensa. Una vez que lo ha hecho, se dirige a la otra parte y explica la perspectiva de la primera parte. Defiende a una parte ante la otra. Así es como Cristo intercede entre Dios y el hombre. ¡Oh, qué maravilloso! Defiende la causa del pecador ante Dios: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34). Y luego da media vuelta y presenta la causa de Dios a los pecadores, les pide que acudan a él y que se reconcilien con él (porque él es el Padre y Amigo de ellos! Aquel que pretenda intervenir y ser un mediador, y luego le adjudica toda la culpa a una de las partes y sólo cuida los intereses de la otra parte, no es un mediador, sino que está de parte de solo una de las facciones. Pero, en el caso que nos ocupa, tenemos uno que tiene algo que decir, no para vindicar o excusar el pecado, sino para pedir misericordia por el pecador. Él tiene algo que decir para engrandecer la justicia de Dios y, sin embargo, clama pidiendo misericordia. Ruega: “¡Ten misericordia, oh Dios! ¡Ten misericordia del culpable!”. Creo que he comprendido el sentido de este texto, aunque por alguna razón, me es imposible explicar el significado exacto de las palabras. Este significado permanece oculto dentro de las palabras: Un mediador no es para uno, sino que analiza los intereses de ambos.

VII. Resulta claro, entonces, QUE UN MEDIADOR DEBE TRATAR CON DOS PARTES, de lo contrario, su oficio solo lo es de nombre. El oficio de un árbitro está diseñado para que quien lo ejerza trate de mantener el orden entre dos grupos de personas; pero si uno solo se hace presente, el árbitro no tiene nada que hacer allí. “El mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno”.

Ahora bien, mi Señor está aquí hoy para actuar como mediador. Dios está dispuesto a reconciliarse con sus criaturas. Pero si no hay nadie que necesite reconciliarse con él, si esta predicación no tiene ninguna relación con ningún oyente, entonces es muy claro que Cristo no podrá cumplir su oficio. Él no puede ser un mediador, a menos que haya aquí algún pecador que necesita reconciliarse con el Señor. ¿Dónde está ese pecador? Mi Señor, el mediador, está reuniendo en este momento su juzgado y toma su lugar entre nosotros como embajador; pero, ¿qué puede hacer, a menos que encontremos la otra parte de la mediación, a menos que podamos encontrar al transgresor, al culpable y, a menos que, una vez que lo encontremos, el Espíritu de Dios le mueva a decir: “Anhele reconciliarme con Dios y pongo mi caso en manos del gran mediador”? Si no hay ningún pecador en el mundo, entonces no hay un Salvador en el mundo. ¿Cómo podría salvar a alguien si los hombres no son culpables y no necesitan ser salvados? ¡Le afirmo, pecador, que usted es indispensable para que Cristo lleve a cabo su obra! Digamos que un médico coloca en el frente de su casa una placa de bronce que anuncia su consultorio. Voy y le digo que no hay ningún enfermo en todo el distrito. Le demuestro que en diez kilómetros a la redonda, no hay nadie que sufra ni siquiera de una gripe o de un dolor de muelas. De seguro que el buen doctor descolgará su placa de bronce y se irá un mes al campo a descansar. Si todo el mundo gozara siempre de buena salud, no necesitaría los servicios de un médico. Ahora bien, si en esta ocasión, cada uno de los presentes ha guardado la Ley de Dios y es inocente, está libre de culpa y en plena armonía con Dios, mi Señor no tiene ninguna misión aquí, ni yo tampoco. No tengo ninguna necesidad de hablar de él porque “los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos” (Mt. 9:12). Por tanto, me presento en el nombre del mediador para preguntar si no habrá algún pecador que quiera confesar su culpa; algún enemigo de Dios que quiera pedir paz; algún joven insensato que habiendo vivido sin Dios hasta ahora, quiera reconciliarse con él. De ser así, permita que el Señor haga su obra en usted. Deje que cumpla ese divino oficio de mediador que tanto le complace.

Y tome nota de esto: En el caso de un mediador o árbitro, entre más difícil es el caso, mayor es la honra que recibe si lo resuelve. Si la enemistad entre usted y Dios es muy grave, le recomiendo a mi Señor como mediador, pues nunca ha fallado en resolver ni una sola enemistad y, en este instante, dice: “Al que a mí viene, no le echo fuera” (Jn. 6:37). Salomón se distinguió por su

sabiduría para resolver problemas difíciles, pero hay ahora en este lugar uno más grande que Salomón. Si su vida es un caos y está plagada de problemas, Jesús puede enderezarla. Si sus diferencias con Dios son demasiado graves y serias como para expresarlas con palabras; si le están oprimiendo, si le quitan el sueño, si lo están llevando al borde del infierno, mi Señor, el mediador, puede todavía resolver lo que sea y hacer las paces entre su alma y Dios. ¿Está dispuesto a que él cumpla su oficio en usted? Si así es, entre peor sea su caso, mayor será el mérito que le corresponderá a mi Señor como mediador cuando haya resuelto su relación con Dios.

No tema porque haya tantos pecadores aquí presentes, ni porque tantos sean enemigos de Dios. Mi invitación no la dirijo sólo a uno de ustedes para que venga, sino: “Vengan todos, cuantos más vengan mejor”. Mi Señor recibirá mayor honra si resuelve esta enemistad en cientos de casos, todos distintos, pero todos graves. Venga uno, vengan todos, él no le cerrará la puerta a nadie. Cuando uno va ver a ciertos doctores reconocidos de esta ciudad, tiene que presentarse muy temprano en la mañana y esperar casi hasta la noche antes de que lo atienda; en cambio, no hay que esperar nada para ser atendido por mi Maestro y Señor. Si anhela ser amigo de Dios, el mediador está listo para atenderlo, resolver las diferencias [entre ustedes] y despedirlo feliz en el amor del Altísimo.

“¿Pero puedo venir?”, preguntará alguno. ¿Que si puede venir? ¡Claro que puede! Cuando Cristo se ofrece como mediador, ¿por qué no aprovechar esa oportunidad? Yo no me disculpo por ir al médico cuando estoy enfermo. Él se ha anunciado como médico, por lo tanto, está dispuesto a tratar con los enfermos y por eso voy a verlo cuando lo necesito. No me estoy tomando ninguna libertad al ir a verlo. Si él ha asumido ese oficio, sin duda alguna lo cumplirá. ¡Pobre desventurado culpable, temeroso de venir a Dios! ¡Puede estar seguro de que Cristo hace pública su designación de mediador con la intención de cumplir su cometido! Él es el camino al Padre. Venga, acuda a él para que cumpla su obra en usted. Crea que él puede hacer lo que, por su nombre y título oficial, profesa hacer. Venga y reconcíliese con Dios por medio de Jesucristo su Hijo, el mediador.

Desde hace casi cuarenta años me esfuerzo por predicar. No he podido hacerlo como yo quisiera. ¡Oh, que supiera cómo expresar esto para conmover a cada alma a fin de que acuda a Dios y clame pidiendo paz con Dios! ¡Cuánto anhela Dios estar en paz con los hombres, tanto que provee un mediador entre él mismo y ellos! ¡Con cuánta rapidez debería acudir usted sabiendo que la honra y la gloria de Cristo dependen de que cada uno deje su caso en sus manos! Vuelvo a preguntar: ¿De qué vale un mediador si nadie le confía su caso? La condición de un rey sin corona, un pastor sin rebaño, un agricultor sin tierras, un médico sin enfermos, es

lastimosa. ¿Y cuál sería la condición de Cristo, si no hubiera pecadores? Su nombre sería insignificante y sin gloria. ¡Venga, pues, usted, aunque sea el peor de los pecadores, venga a Cristo y entréguele su caso!

VIII. Concluyo haciendo notar que, aunque es necesario que cuando el mediador inicia su labor de arbitraje debe haber dos partes en conflicto, pues el mediador no lo es de uno solo, pero Dios es uno. Cuando concluye su tarea, **EL MEDIADOR TIENE QUE HABER HECHO DE LOS DOS, UNO; DE LO CONTRARIO NO HA TENIDO ÉXITO.** Nuestro Señor ha derribado la pared intermedia de separación. A través de los siglos, ha logrado la reconciliación verdadera de Dios con los que estaban separados de él. Cristo ha hecho esto por tantos, que le ruego que se pregunte usted: “¿Acaso no lo hará por mí?”. ¿Por qué no? En la morada privada de Cristo hay un registro de diez mil disputas entre los hombres y Dios, que él ha resuelto. ¿Por qué no tendría también mi nombre entre esos? ¿Por qué no pondría fin a mi enemistad con Dios? ¿Por qué no me reconciliaría con el Padre para que me dé el ósculo de la paz? Él nunca ha fallado en ningún caso. Algunos de los peores casos han sido sometidos a su arbitraje y siempre ha salido airoso. No se sabe en el cielo de ninguna derrota de nuestro Señor; ni las sombras tenebrosas del infierno pueden mostrar ni una sola falla de Cristo en el caso de alguna pobre alma, condenada y culpable, que haya acudido a él, rogando: “Dame paz con Dios”. El mediador nunca tuvo que responder: “No puedo hacerlo”. No existe ningún caso así. ¡Venga, mi amigo, aunque haya vivido hasta los ochenta años siendo enemigo de Dios, todavía puede convertirse en su amigo por los oficios de este mediador! ¡Venga, usted que me escucha, si es joven y fuerte, y si sus pasiones lo han llevado muy lejos de la pureza, al punto de estar enemistado con Dios; venga ahora mismo, tal como es, y Cristo resolverá la enemistad entre usted y Dios! Su sangre que perdona puede quitar la culpa que enciende la ira de a Dios; y el agua que fluyó con sangre del costado traspasado de su amado, puede quitar de su pecho el deseo de rebelarse. Mi anhelo es que estas palabras sean de consuelo para el alma que las necesite para conducirla a Jesús.

La reconciliación obrada por Cristo es totalmente perfecta. Significa vida eterna. Oh, querido oyente, si Jesús lo reconcilia con Dios ahora, nunca volverá a enemistarse con él, ni Dios se enemistará con usted. Si el mediador elimina el motivo de la disensión —su pecado y lo pecaminoso de su naturaleza— lo elimina para siempre. Él arrojará sus iniquidades a lo más profundo del mar: “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, porque yo te redimí” (Is. 44:22). Una vez establecida la paz entre usted y Dios, él lo amará para siempre y usted lo amará para siempre a él; y nada podrá separarlo del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Ro. 8:39). Hay adhesivos que unen de tal manera las piezas de los platos rotos, que estos quedan más fuertes de lo que eran antes de

romperse. No sé cómo puede ser eso. Pero esto sí sé: que la unión entre Dios y el pecador, reconciliados por la sangre de Jesús, es más cercana y más fuerte que la unión entre Dios y Adán antes de la Caída. Aquella unión se rompió de un simple golpe. En cambio, si Cristo nos une al Padre por su sangre preciosa, nos mantendrá unidos para siempre por el influjo de su gracia en nuestra alma. “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Ro. 8:35).

Hay una cosa más. Recuerde que si rechaza al mediador designado por Dios, está rechazando definitivamente la posibilidad de tener paz con Dios. En el pasado nunca hubiera podido encontrar otro mediador, ni podrá encontrar otro ahora: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Ti. 2:5). No puede haber otro mediador más propicio en todo sentido para interponerse entre nosotros y Dios, como el Dios-hombre, Cristo Jesús, aquel que se desangró en la cruz para quitar nuestro pecado y resucitó para proclamar que somos justificados. Si Dios arranca de su propio regazo a su propio Hijo y lo entrega para morir con el fin de establecer la paz con nosotros y nosotros lo rechazamos, significa que queremos una guerra sin cuartel contra Dios. A eso se reduce todo. El que no acepta la mediación de Cristo, estará librando una batalla eterna con el Todopoderoso. Se coloca el yelmo y ciñe su espada para combatir inútilmente con su Hacedor. El que rechaza a Cristo, rechaza la paz. Estoy seguro de esto. Está eligiendo la guerra con el Señor de los ejércitos.

Pues bien, señores, el que quiere guerra, guerra tendrá; pero le ruego al que eso quiere, que se arrepienta este mismo instante de su insensata elección. ¿Cómo puede contender contra Dios? ¿Qué sentido tendría? Luchar contra Dios es obrar contra sus propios intereses y llevar su alma a la ruina. El cielo, el único cielo que una criatura puede tener, es estar en paz con su Creador. No hay paz para el impío. ¿Cómo podría haberla? La única esperanza que podemos tener es estar de acuerdo con Dios. Si él nos hizo, nos hizo con un propósito. Cumplir ese propósito, será cumplir el propósito de nuestra vida y seremos felices. Si no lo cumplimos, nunca seremos felices. Y si optamos por ser enemigos de Dios, lo hacemos para nuestra condenación eterna. Dios ayude al que ha hecho tal elección para que se arrepienta. Aferrémonos ahora a Cristo, el mediador, y pongamos toda nuestra confianza en él para hacer las paces entre nosotros y Dios. ¡Y sea a su nombre gloria por los siglos de los siglos! Amén.

Tomado de un sermón predicado la noche del Día del Señor, 23 de febrero de 1890, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Predicador bautista inglés, cuyos escritos son los más leídos (aparte de los encontrados en las Escrituras). Existen en la actualidad, más materiales escritos por Spurgeon que cualquier otro autor cristiano, vivo o muerto. Nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra.



LA PLENITUD DEL MEDIADOR

John Gill (1697-1771)

“Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (Colosenses 1:19).

El Apóstol, después de su habitual saludo a la iglesia de Colosas, con mucho placer, toma nota de su fe en Cristo y de su amor por todos los santos; y pide que sean llenos del conocimiento de la voluntad de Dios en toda sabiduría e inteligencia espiritual. Incluye en su oración que los creyentes anden como es digno del Señor de manera que puedan dar fruto y aumentar su conocimiento de Dios. También da gracias por algunas bendiciones especiales de gracia, de las cuales él y ellos eran partícipes, tales como la herencia del cielo, la liberación del poder de las tinieblas, su traslado al reino de Cristo, la redención a través de su sangre y el perdón de los pecados. Luego, aprovecha la ocasión para exponer las glorias y excelencias de la persona de Cristo, diciendo en el versículo 15 que él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Menciona, entre otras virtudes, la imagen natural esencial, eterna, increada y perfecta de la persona de su Padre, a quien nadie ha visto jamás. [Él es] el primogénito de toda criatura; no que fuera la primera criatura que Dios hizo. [Pues esto] no coincide con el razonamiento del Apóstol en los versículos que siguen: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten” (1:16-17). Enseguida, el Apóstol procede a considerar a Cristo en su oficio de Mediador. Él es la cabeza del cuerpo, la Iglesia, incluso de la asamblea general y la Iglesia del primogénito, cuyos nombres están escritos en el cielo; incluye a todos los escogidos de Dios, sobre los cuales él es cabeza de dominio y poder, también de autoridad y de provisión. Abundando en las excelencias de Cristo, dice que él es el principio, tanto de la primera como de la nueva creación, el primogénito de entre los muertos, el que venció a la muerte por su propio poder resucitando a una vida inmortal y, estando ahora sentado a la diestra de Dios, ejerce el juicio que le fuera encomendado sobre todas las cosas para que tuviera la preeminencia sobre todas ellas. Cristo es altamente calificado por y para todo esto, ya que agradó al Padre que en él habitase toda plenitud.

I. CONSIDEREMOS DE QUÉ PLENITUD DE CRISTO SE TRATA, ya que las Escrituras hablan de más de una.

A. Está la plenitud personal de Cristo o la plenitud de la deidad, como dijo el Apóstol en esta misma epístola: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2: 9). No hay perfección esencial a la deidad, que él no tenga; ni hay ninguna que el Padre tenga, que él no tenga en plenitud. La eternidad es singular a la Deidad: Cristo no fue solo antes de *Abraham*, sino antes de *Adán*, sí, antes de que existiera ninguna criatura. Él es “el Alfa y la Omega, principio y fin... el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso” (Ap. 1: 8). Él es “desde el siglo y hasta el siglo” (Sal. 90:2).

La omnipotencia o el poder de hacer todas las cosas, sólo puede ser un atributo de Dios. Las obras de la creación, la providencia, la redención, la resurrección de los muertos, entre otras cosas, en las que Cristo ha obrado, proclaman a viva voz que él es el Todopoderoso.

La omnisciencia, otra perfección de la Deidad, es muy fácil de ver en Jesucristo. No necesitaba que alguien le diera testimonio de algo sobre el hombre porque sabía lo que había en el hombre (Jn. 2:25). Él es esa palabra viva de Dios, quien discierne los pensamientos e intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta (He. 4:12-13). Pronto, hará que toda iglesia, sí, que todo el mundo sepa que él es “el que escudriña la mente y el corazón” (Ap. 2:23).

La omnipresencia y la inmensidad son atributos propios de Dios y, por ende, se encuentran en Cristo Jesús, quien estaba en el cielo al mismo tiempo que en la tierra (Jn. 3:13); lo cual hubiera sido imposible si no fuera el Dios omnipresente, como tampoco podría cumplir las promesas que hizo de que él estaría con su pueblo toda vez que se reuniera en su nombre y con sus pastores hasta el fin del mundo. Tampoco podía estar presente con las iglesias en todas partes, como ciertamente lo está, ni llenar todas las cosas, como ciertamente lo hace, si no fuera omnipresente.

La inmutabilidad es algo solo de Dios: Cristo es “el mismo ayer, hoy y por los siglos” (He. 13: 8). En suma, la independencia y la existencia necesaria, que son esenciales a la deidad, deben atribuirse sólo a él porque él es Dios de sí mismo. Aunque como hombre y Mediador, tiene una vida transferida a él por el Padre, como Dios, no le debe su ser a nadie. No se deriva de otro, él “es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Ro. 9: 5). [Cristo] es, por lo tanto, “el verdadero Dios, y la vida eterna” (1 Jn. 5:20). Si en él faltara alguna perfección de la deidad, no podría decirse que en él mora la plenitud, toda la plenitud de la deidad, ni se podría decir que es,

“igual a Dios” (Fil. 2:6). Algunos piensan que ésta es una plenitud que nosotros hemos insertado en nuestro texto y leen: “La plenitud de la Deidad”, que parece ser transcrita de otro pasaje de la epístola ya mencionada. Suponen que esto conviene al Apóstol para poder demostrar la primacía y preeminencia de Cristo sobre todas las cosas. Pero es digno de observar que la plenitud de la deidad que radica en el Hijo de Dios no depende de la voluntad ni de las órdenes del Padre; en cambio, es lo que, como tal, natural y necesariamente cumple. Él participa de la misma naturaleza indivisible y esencia del Padre y del Espíritu y, por lo tanto, no puede ser una virtud que nosotros pretendamos asignarle...

B. Hay una plenitud relativa que le pertenece a Cristo. No es otra cosa que su cuerpo, la Iglesia, de la cual es cabeza, a quien la Palabra llama por esta razón “la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Ef. 1:23) porque ella, la Iglesia, está *llena* de él. Cuando todos los escogidos se reúnen, incluyendo la plenitud de los gentiles y de todo Israel salvo; cuando estos están llenos de todos los dones y la gracia de Dios diseñados para ellos y han crecido hasta su justa proporción en el cuerpo y, además, han alcanzado “la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef. 4:13); entonces son de hecho el cuerpo de Cristo y pueden por eso ser llamados así. Algunos exégetas opinan que ésta es la plenitud a la que el versículo se refiere. Aunque la Iglesia mora en Cristo y él en ella, y por la buena voluntad del Padre y porque a él le ha placido; y aunque ella está completa en Cristo y dice la Palabra que es su plenitud, propiamente hablando, ella no lo es todavía, al menos en el sentido como lo será al final de los tiempos. Tampoco dice el texto que ella sea *toda plenitud* y, por lo tanto, ésta no puede ser la intención del texto.

C. Hay una plenitud de capacidad y habilidades en Cristo para cumplir su oficio como Mediador en su ser, como Dios tanto como hombre, o en la unión de las dos naturalezas —la divina y la humana— en una sola persona. Por eso está ampliamente calificado para ser el “árbitro que ponga su mano sobre nosotros” (Job 9:33) o, en otras palabras, ser el Mediador entre Dios y el hombre (1 Ti. 2:5). [Cristo es] ambas cosas: “misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo” (He. 2:17). Siendo hombre, tenía que ofrecer algún sacrificio a Dios para poder satisfacer lo que la Ley y la justicia de Dios requerían. [Cristo también tuvo la capacidad] de transmitir las bendiciones de gracia que él había obtenido para escoger a los hombres, razón por la cual “no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham” (He. 2:16). La santidad de la naturaleza humana de Cristo lo calificó ampliamente para ser sumo sacerdote, abogado e intercesor. Muy a menudo, los escritos sagrados enfatizan esto, como cuando dicen que “él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en

él” (1 Jn. 3:5), que se ofreció “sin mancha para con Dios” (He. 9:14) y nos afirma que somos redimidos por la sangre de Cristo, “como [la] de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pe. 1:19). De hecho, tal redentor es apropiado para nosotros, dicho abogado nos conviene, porque es “Jesucristo el justo” (1 Jn. 2:1). Tal Sumo Sacerdote es “santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos” (He. 7:26). Siendo tanto Dios como hombre, hay virtud suficiente en todas sus acciones y sufrimientos para cumplir cabalmente el plan para el cual el Padre lo envió al mundo: Purificar con su sangre todo pecado, justificar con su justicia al hombre pecador y, por medio de su sacrificio, expiar¹ el pecado. Siendo el Dios todopoderoso, tuvo la capacidad de acercarse a Dios para interceder por nosotros, ofrecernos a Dios, cargar nuestros pecados y cumplir el castigo que correspondía a esos pecados, sin fallar ni desanimarse. Sólo su brazo fuerte fue capaz de darnos salvación. No carece de nada que pueda impedir que sea un Salvador completo y Cabeza de la Iglesia. Ahora bien, esto puede ser parte del sentido de nuestro texto, pero no todo.

D. Hay plenitud para ser dispensada y comunicada, que el Padre por su buena voluntad y porque le plugo hacerlo, puso en las manos de Cristo para ser repartida a otros. Y a esto se refiere, principalmente, lo esbozado aquí, y es:

1. Una plenitud de naturaleza: “Cristo es la cabeza de todo varón” (1 Co. 11:3) y “cabeza sobre todas las cosas a la iglesia” (Ef. 1:22). Dios lo ha nombrado “heredero de todo” (He. 1:2), incluso de la naturaleza. La luz de la naturaleza está en él y él mismo es “luz verdadera, que alumbraba a todo hombre” (Jn. 1:9). Las cosas de la naturaleza están todas con él y están a su disposición: “De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan” (Sal. 24:1) y lo da a su pueblo escogido y especial de una manera única. Las bendiciones de la naturaleza son como la mano izquierda de la sabiduría, así como las de la gracia son su mano derecha: “el mundo, y los que en él habitan” (Sal. 24:1) son suyos, incluso los seres humanos en el mundo. La parte perversa del mundo es, en cierto sentido, dada a él para ser subordinada a los fines de su reino y gloria como Mediador. “Pídemelo, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra” (Sal. 2:8-9). Es obvio que esas declaraciones no se refieren a los escogidos.

2. Una plenitud de gracia: Cristo está “lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14). Es de esta plenitud que el creyente recibe “gracia sobre gracia” (Jn. 1:16), una especie de plenitud de ella, toda clase, medida y provisión de gracia.

¹ **Expiar** – Hacer satisfacción por un agravio que quita la culpa.

a. *Hay en Cristo una plenitud del Espíritu de gracia y de los dones del Espíritu.* Porque él es el Cordero en medio del trono, con “siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios” (Ap. 5:6). No siete subsistencias personales distintas; sino que la frase describe al único Espíritu de Dios y la perfección de sus dones y su gracia. Menciona el número siete que, en su sentido más amplio habita en Cristo; “espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová” (Is. 11:2). Es poseedor [de estos dones]. Es ungido “con óleo de alegría”, con el Espíritu Santo “más que a tus compañeros”, que a cualquiera de los hijos de los hombres, que son hechos partícipes de su gracia y gloria (Sal. 45:7; He. 1:9); porque “Dios no da el Espíritu por medida” (Jn. 3:34). Todos los dones extraordinarios del Espíritu Santo, con los cuales se llenaron los apóstoles en el día de Pentecostés, fueron dados por Cristo como Cabeza de la Iglesia, quien, al ascender al cielo para cumplir todas las cosas, tomó “dones para los hombres” (Sal. 68:18) y se los dio a fin de calificarlos para realizar una obra y un servicio portentoso. Y ha estado dando esos dones en todas las épocas de la Iglesia, a fin de que los miembros del cuerpo de Cristo hagan “la obra del ministerio” (Ef. 4:12), para la edificación de su cuerpo, la Iglesia, porque hay en él “abundancia de espíritu” (Mal. 2:15).

b. *Hay una plenitud de las bendiciones de la gracia en Cristo.* El pacto de gracia es tanto ordenado como seguro en todas las cosas; está lleno de todas las bendiciones espirituales. Ahora bien, este pacto se hace con Cristo; está en sus manos, sí, él mismo es el pacto. Todas las bendiciones de este pacto están sobre la cabeza y en las manos de Aquel que es un tipo de José, incluso “serán sobre la cabeza de José” (Gn. 49:26). Por lo tanto, si alguno es bendecido con estas bendiciones, lo es “en los lugares celestiales en Cristo” (Ef. 1:3)... particularmente, hay en Cristo una plenitud de justificación, perdón, adopción y gracia santificadora.

(1) *En él hay plenitud de gracia justificadora*². Una parte de su obra y oficio como Mediador era “traer la justicia perdurable” (Dn. 9:24), una justicia que responde a todas las demandas de la Ley y la justicia, las cuales deben responder por su pueblo en un momento en el futuro para luego durar para siempre. Tal rectitud ha logrado que se satisfaga la justicia, que la ley sea magnificada y honrada, lo cual complace a Dios. De allí que sea llamado: “JEHOVÁ, JUSTICIA NUESTRA” (Jer. 23:6) y “el Sol de justicia” y fuerza (Mal. 4:2), el único de quien podemos obtener nuestra justicia. Ahora bien, esta justicia cumplida por el Hijo de Dios está en él y con él como su autor y sujeto. Las almas sensibles se dirigen a él, en él confían y a él se la piden; y cada uno [dice], a medida que crece su fe:

² Vea Portavoz de la Gracia 4, *La justificación*, disponible de CHAPEL LIBRARY.

“Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza” (Is. 45:24). De él reciben este “don de justicia” y con él “la abundancia de gracia”; una verdadera sobreabundancia de ella (Ro. 5:17). Como este don fue libremente forjado para ellos, es libremente imputado a ellos y otorgado a ellos, sin ninguna consideración de sus obras. Es tan grande y pleno que es suficiente para justificación de todos los escogidos de las obras de las cuales estos no pueden de otra manera “ser justificados” (Hch. 13:39).

(2) *Hay también una plenitud de gracia perdonadora en Cristo.* El pacto de gracia ha proporcionado ampliamente y en su totalidad el perdón de los pecados de todo el pueblo del Señor. Una gran parte de ella es lo que dice el Señor: “Seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (He. 8:12). En consecuencia de este pacto y de los compromisos de Cristo en él, su sangre “por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt. 26:28). El punto central de esto es que en él “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Ef. 1:7). Tal redención es totalmente gratuita; en ella se destacan eminentemente las riquezas, la gloria de la gracia y la misericordia; por lo tanto, es grande y abundante, completa y plena. Dios, conforme al pacto de su gracia y en razón de la preciosa sangre de su Hijo, perdona todas las ofensas de su pueblo cometidas en el pasado, las que cometen en el presente y las que cometerán en el futuro. Por medio del hombre Cristo Jesús recibimos la predicación y el perdón ilimitado y completo de nuestras transgresiones. Ésta es la declaración del evangelio y lo que constituye las buenas nuevas a los pecadores sensibles de su condición y necesidad: “Todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hch. 10:43).

(3) *Hay también una plenitud al ser adoptados por la gracia en Cristo.* La bendición de la adopción de los hijos proviene originalmente del amor del Padre. El apóstol Juan dice: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Jn. 3:1). La predestinación es por y a través de Jesucristo. Gozar de ella se debe esencialmente, a la redención que encontramos en él porque vino a redimir “a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gá. 4:5). El derecho, el privilegio y la libertad de llegar a ser hijos de Dios, viene realmente de Cristo a los que lo reciben y creen en él, de modo que aquellos que son hijos de Dios, lo son definitivamente por la fe en Cristo Jesús.

(4) *Agreguemos a todo lo anterior que hay una plenitud de gracia santificadora en Cristo.* Toda la santidad de los escogidos está en las manos de Cristo. Él es su *santificación*, así como su *justicia*. Es de su plenitud que reciben cada gracia. Toda la santidad se deriva de Cristo, de la cual los suyos son hechos partícipes durante la vida y que se perfecciona en la

hora de la muerte; porque sin santidad, una santidad total, “nadie verá al Señor” (He. 12:14).

En la primera obra de conversión³, una gran medida de gracia santificadora proviene de Cristo, cuando “...la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús” (1Ti. 1:14). Él es “el autor y consumidor de la fe” (He. 12:2), es el autor y consumidor de toda otra gracia; cada medida y cada porción de cada una de ellas es debida a él. Hay una plenitud de toda gracia en Cristo para satisfacer todas nuestras necesidades, para sostenernos como personas y para llevarnos seguros y tranquilos a través de este desierto. En él hay plenitud de luz y vida, de sabiduría y conocimiento, de fuerza y habilidad, gozo, paz y consuelo. En él hay plenitud de luz espiritual y de él proviene. Como la luz que se esparció por toda la creación en el cuarto día fue tomada de esa gran luminaria que es el sol, así toda plenitud de luz espiritual habita en Cristo, *el Sol de justicia*, de quien recibimos todo lo que tenemos. “Es como la luz de la aurora”, que va aumentando poco a poco en intensidad, “hasta que el día es perfecto” (Pr. 4:18).

En él mora toda vida espiritual, *con* él está la fuente de ella (Sal. 36:9); *de* él tenemos el principio viviente de la gracia y *por* él se mantiene en nosotros para vida eterna. En Cristo “están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:3) y de él los recibimos. Dado que en él está la justicia con la que nos justifica, de él recibimos la fuerza para oponernos a toda corrupción, soportar a todo enemigo, ejercitarnos en toda gracia y cumplir con todas nuestras responsabilidades. Aunque no podemos hacer nada por nosotros mismos y sin él nada podemos hacer, sí podemos hacer todas las cosas con la fortaleza que recibimos de él. O sea que en Cristo hay una fuente llena y un sólido fundamento de toda paz espiritual, todo gozo y consuelo. “Si hay alguna consolación”, es en Cristo (Fil. 2:1). Fluye de su persona, de su sangre, de su integridad y de su sacrificio en la cruz; es una fuente inagotable de la cual el creyente puede llenarse “con gozo inefable y glorioso” (1 P. 1:8). “Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo” —las que padecemos por Cristo—, de la misma manera, “abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación” (2 Co. 1:5). Hay gracia suficiente en Cristo para llevarnos a través de todas las pruebas, experiencias y aflicciones de la vida; para hacernos fructíferos en toda buena obra y para ayudarnos a perseverar hasta el fin. Hay en Cristo una plenitud de gracia fructífera y persistente.

c. *Hay una plenitud de promesas de gracia en Jesús.* Hay muchas “preciosas y grandísimas promesas” (2 P. 1:4) que responden a las diversas cues-

³ Vea Portavoz de la Gracia 11, *Conversión*.

tiones y circunstancias de los hijos de Dios. Nunca ha habido un creyente desde la creación del mundo, y me atrevería a decir que nunca habrá uno hasta su final, que no haya recibido una promesa que responda justo a su necesidad. El pacto de gracia está lleno de estas promesas; de esa fuente son transcritas al evangelio y se extienden a través de toda la Biblia. Lo mejor de todo es que: “todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios” (2 Co. 1:20), todas fueron puestas en sus manos para nuestro uso y todas son dignas de confianza y seguras en él. [Él] velará para que se cumplan plenamente, no sólo la gran *promesa de vida*, sino “la esperanza de la vida eterna” la cual “Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos” (Tit. 1: 2). Esa promesa de vida eterna está en Cristo Jesús, como lo están también todas las demás, de modo que quienes son partícipes de ellas, lo son en él por el evangelio.

Además de la plenitud de la naturaleza y la gracia que está en Cristo,

3. También está la plenitud de la gloria de la vida eterna y la felicidad: Dios no sólo ha puesto la gracia de su pueblo, sino también su gloria en manos de Cristo. Su porción, su herencia, está reservada para ellos con él, donde se mantiene fiel y segura. Ellos son “herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Ro. 8:17), de modo que su herencia está segura. Como su vida de gracia, así también su vida de gloria “está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3) y llegará el día “cuando Cristo... se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Col. 3:4). ¿En qué consiste esa manifestación? “Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Jn. 3:2). Los santos serán como Cristo, tanto en cuerpo como en alma. Los cuerpos que han sido redimidos por su sangre y son miembros de él serán transformados “para que sea[n] semejante[s] al cuerpo de la gloria suya” (Fil. 3:21) en espiritualidad, inmortalidad, incorrupción, poder y gloria; y “resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt. 13:43). Sus almas serán hechas semejantes a Cristo en conocimiento y santidad, tanto como las criaturas sean capaces de serlo. Entonces lo verán como él es, contemplarán su gloria mediadora, lo verán cara a cara y no a través de otro. Los santos se deleitarán inexpresablemente con las excelencias de Cristo y siempre estarán con él en su presencia porque allí hay “plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre” (Sal. 16:11). Ahora todo esto está protegido en Cristo para los santos; todo lo que pudieran esperar, pueden confiar que se cumplirá porque “este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo” (1 Jn. 5:11). Así pues, toda la plenitud de la naturaleza, la gracia y la gloria está en Cristo Jesús Señor nuestro.

II. AHORA PROCEDO A DAR CUENTA DE LA NATURALEZA Y LAS PROPIEDADES DE ESTA PLENITUD, EN PARTICULAR, LA PLENITUD DE LA GRACIA:

A. Es muy antigua. No debemos suponer que esta plenitud fue puesta por primera vez en las manos de Cristo cuando ascendió al cielo y se sentó a la diestra de Dios. Porque aunque dicen las Escrituras que recibió dones para los hombres y se los repartió y porque hubo entonces un reparto extraordinario de los dones y la gracia del Espíritu a los apóstoles, Dios había dado el Espíritu sin medida a Cristo mucho antes. Los discípulos en los días de Cristo en la carne, en su estado de humillación, cuando la Palabra que se hizo carne y habitó entre ellos, contemplaron su gloria, “gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad” (Jn. 1:14). Y mucho antes de los discípulos, Isaías vio este vástago de su gloria cuyas vestiduras “llenaban el templo” (Is. 6:1). Todos los santos del Antiguo Testamento ponían su fe en él, creían en él y dependían de él como su redentor viviente. Cada uno y todos dijeron: “Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza” (Is. 45:24). De su plenitud recibieron ambas, sacaron agua de alegría “de las fuentes de la salvación” en Cristo (Is. 12:3). Fueron salvos por la gracia del Señor Jesús, tal como somos nosotros. Sí, esta verdad viene de mucho antes, no sólo desde los tiempos del Antiguo Testamento o de la fundación del mundo, sino desde la eternidad misma. Porque tan pronto como los elegidos le fueron dados a Cristo, fueron cubiertos bajo esa gracia plena, la cual ya obraba antes de la fundación del mundo. Desde la elección de ellos en él, que fue antes de la fundación del mundo, fueron bendecidos con todas las bendiciones espirituales en él (Ef. 1:3). Desde que Cristo fue el Mediador del pacto —que sucedió en el mismo momento en que se hizo el pacto, lo cual fue desde la eternidad— tenía en él esta plenitud de gracia. “Jehová me poseía en el principio”, dice la Sabiduría, es decir Cristo, con toda plenitud de gracia. “Ya de antiguo, antes de sus obras” de gracia. Comenzó con esto antes de sus obras de creación y providencia: “Eternamente tuve el principado, desde el principio, antes de la tierra” (Pr. 8:22-23) como Mediador del pacto, contaba con todas sus bendiciones y promesas. Todo esto es muy útil para establecer la eternidad de la persona de Cristo, la antigüedad de su oficio y el amor de Jehová desde siempre por su pueblo escogido, lo cual expresa decididamente su maravilloso amor y su gracia particular hacia ellos.

B. Esta plenitud es muy rica, a la vez que enriquecedora. Es una plenitud de verdad así como de gracia; Cristo está lleno de gracia y verdad, que el evangelio nos revela en gran medida. Cada verdad, que es una perla de gran precio, junto con todas las demás, es un tesoro inestimable, más valioso que todas las riquezas de las Indias. Ahora en Cristo están guardados y escondidos “todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:3). ¡Qué rica y enriquecedora abundancia y plenitud de verdad hay en Jesucristo!

Las promesas de la gracia son *preciosas* para todos los que han visto la gracia manifiesta en quienes les han sido reveladas y aplicadas por el Espíritu Santo de la promesa de manera adecuada y puntual. Para ellos, son muy valiosas; son como “manzana de oro con figuras de plata” (Pr. 25:11), se regocijan con ellas más que con un gran botín y las prefieren a las riquezas del mundo. Estas, como hemos dicho, están todas *en Cristo*. No sólo hay riquezas de gracia, sino riquezas de gloria en Cristo, incluso “inescrutables riquezas” (Ef. 3:8), que nunca se pueden medir ni contar; que son sólidas y sustanciales, satisfactorias, duraderas e inmortales. Por medio de la pobreza de Cristo, fuimos enriquecidos con esas riquezas aquí y en el más allá. Esto es muy provechoso para exaltar la gloria, la excelencia, la libertad y la plenitud de su gracia: “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Co. 8:9).

C. Esta plenitud es totalmente gratuita con respecto a su origen y fuente, su distribución, las personas que se interesan en ella y la manera en que la reciben. La fuente de esa plenitud es la buena voluntad soberana y el deseo, la gracia y el amor de Dios. Le agradó al Padre darle esa plenitud a Cristo. Nada lo obligó a hacerlo, nada *en* su pueblo ni que éste *haya* hecho porque fue dada a Cristo antes de que [su pueblo] hubiera hecho algo bueno o malo. No pudo haber sido influenciado por su fe y santidad para dársela, ya que estas son recibidas “de su plenitud”, de ella “tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Jn. 1:16), toda clase de gracia, la de salvación, fe y santidad entre otras. Tampoco podrían usarse las buenas obras para motivar la plenitud, puesto que las obras son precisamente fruto de la gracia. Dice la Palabra que la plenitud de Cristo es para los que le temen y confían en él; pero estas frases son descriptivas sólo de las personas que la han recibido y por haberla recibido gozan de plenitud. No es que su temor y fe fueran las causas o las condiciones de ella, pues entonces la bondad de Dios no se mostraría tan ampliamente como el salmista sugiere cuando dice: “¡Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen, que has mostrado a los que esperan en ti, delante de los hijos de los hombres!” (Sal. 31:19). Y así como la plenitud fue gratuitamente establecida, también así se distribuye. Nuestro Señor la da “a todos abundantemente y sin reproche” (Stg. 1:5). Da esta agua viva a todos los que la piden y también a los que no la piden. Da más gracia en gran medida y nueva cantidad de ella con prontitud y alegría a sus humildes santos cuando la necesitan. No les niega nada bueno a los que andan rectamente. Aquellos a quienes el Señor da [el agua viva] son indignos de recibirla y, sin embargo, la reciben con enorme complacencia. “Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Ap. 22:17). Aquellos que no tienen dinero ni nada valioso, que no tienen valor ni dignidad propia,

pueden venir y recibir “sin dinero y sin precio, vino y leche” (Is. 55:1). Y aunque esta plenitud de Cristo, este pozo de gracia es profundo, y no tenemos con qué sacarla, de él recibimos gratuitamente la fe, el balde de la fe [con qué sacarla]. Esa gracia, por la cual la recibimos, no es por nada en nosotros mismos, sino que “es don de Dios” (Ef. 2:8) y, con esta convicción, sacamos agua con alegría de la fuente repleta de salvación (Is. 12:3), la salvación en Cristo Jesús.

D. Esta plenitud es inagotable. Como “toda familia en los cielos y en la tierra” le pertenece a Cristo (Ef. 3:15), él la sostiene. Si por la “familia en los cielos” entendemos que son los ángeles —era habitual a los judíos llamarlos una familia y la familia de lo alto— ¡qué grandes porciones de confirmación de gracia han recibido los ángeles elegidos de Cristo! Porque él es la cabeza de la gracia para ellos, así como lo es para nosotros. Somos completos en él que es “la cabeza de todo principado y potestad” (Col. 2:10). O, si por la “familia en los cielos” entendemos que son los santos que han ascendido a la gloria, ¡cuánta gracia utilizó el Señor de esta plenitud para llevárselos! La gracia de nuestro Señor ha sido superabundante en ellos, ha fluido y hasta desbordado. Aun en el caso de un solo creyente, la gracia es más de la que necesita, es hasta excesiva. ¡Oh, qué maravillosa gracia debe haber sido para todos los santos en todas las épocas, los tiempos y lugares desde la fundación del mundo! Y todavía hay bastante para la “familia en la tierra” que falta llevarse. Cristo sigue siendo la fuente para todos sus jardines, o sea las iglesias, un pozo de “agua viva” (Jn. 4:10-14) que surte a todos... Su gracia todavía es suficiente para ellos: “Bástate mi gracia” (2 Co. 12:9), es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (He. 13:8).

III. CONTINUEMOS PARA MOSTRAR EN QUÉ SENTIDO PODEMOS DECIR QUE ESTA PLENITUD MORA EN CRISTO Y LA IMPORTANCIA DE ESTA AFIRMACIÓN:

A. Expresa que *está* en él. No es sólo una simple intención, un designio y propósito; sino que realmente mora en él. Dios se la da en las manos y [esta plenitud] permanece en él. De allí es comunicada a los santos porque está en él, de él reciben “gracia sobre gracia” (Jn. 1:16). Él es la Cabeza en quien habita la plenitud; los miembros son de él y se originan en él. Él es de ellos, ellos son suyos; todo lo que él tiene les pertenece. Su *persona* es de ellos, en quien son aceptados por Dios. Su *sangre* es de ellos para limpiarlos de todo pecado. Su *justicia* les pertenece para justificarlos. Su *sacrificio* es de ellos para expiar su pecado. Y su plenitud es suya para suplir todas sus necesidades. Como resultado, dice el Señor que su llenura es tal, que están llenos del Espíritu Santo, llenos de fe y llenos de bondad (Hch. 6:3, 8; Ro. 15:14). No tienen esa plenitud en el sentido que

Cristo la tiene porque él la tiene *sin* medida, en cambio ellos *con* medida. Está en él como un desbordante manantial, pero en ellos como arroyos que tienen su nacimiento en él. Esta plenitud está en Cristo y en ninguna otra persona. La fuente de la salvación está solamente en él; no hay salvación en ninguna otra. Es en vano esperar de cualquier otra fuente ningún grado de luz y vida espiritual, gracia y santidad; es en vano también esperar o buscar la paz, la alegría y el consuelo en otra parte... Por lo tanto, hacen bien en recurrir a él todos los que se conocen a sí mismos, que tienen algún sentido de sus [necesidades] y [alguna comprensión] de la plenitud de Cristo. Porque ¿adónde podemos recurrir, sino a Aquel que tiene “palabras de vida eterna” (Jn. 6:68)?

B. Se refiere a la continuidad de la plenitud en él. Es una plenitud permanente y produce una provisión diaria y continua. Los creyentes pueden acudir todos los días a ella y recibirla. La gracia que está en ella siempre les será suficiente, aun hasta el final de sus días. Su naturaleza perdurable, su morada perpetua en Cristo es [la razón de] la perseverancia de los santos. Porque él vive lleno de gracia y verdad, viven y vivirán ellos también. Tienen mucha razón los creyentes en esforzarse “en la gracia que es en Cristo Jesús” (2 Ti. 2:1). Esta plenitud habitará en Cristo hasta el fin de los tiempos, hasta que todos los elegidos estén reunidos, y estén llenos de gracia y sean aptos para gloria. Habrá tanta gracia y tan grande suficiencia para el último creyente que nazca en el mundo como para el primero. Además, hay una plenitud de gloria en Cristo que habitará en él por toda la eternidad, de la cual los santos recibirán continuamente gloria sobre gloria, como [reciben] aquí y ahora gracia sobre gracia. Tendrán en aquel entonces toda su gloria de Cristo y por medio de él, así como tienen ahora de él y por él toda su gracia.

C. Denota la seguridad y firmeza de la misma. Todo lo que está en Cristo es seguro. Los escogidos de Dios que están en él gozan de la máxima seguridad: nadie puede arrancarlos de las manos del Hijo (Jn. 10:28-29). Estando en sus manos, nunca pueden perder su gracia; ni pueden ser privados de su gloria. Su vida, tanto de gracia como de gloria, “está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3) y fuera del alcance de los hombres y de los demonios. Cristo es el depósito y arsenal de toda gracia y gloria; siempre está bien fortificado. Es una roca, una torre fuerte, un refugio; es tal que las puertas del infierno no pueden prevalecer contra ella (Sal. 18:2; 71: 3, 61:3, Is. 33:16, Mt. 16:18).

IV. Me apresuro a declarar que la existencia y la morada de esta plenitud en Cristo se debe a la buena voluntad y la complacencia del Padre. La expresión, *el Padre*, no está en el texto original, sino que nuestros traductores la agregaron correctamente, ya que él es mencionado tácitamente en el contexto y se habla de él como el que hace que los santos se

reúnan para participar de la gloria celestial. [Él] los libera del poder y dominio del pecado y de Satanás, y los traslada al reino de su amado Hijo (Col. 1:12-13); asimismo reconcilia todas las cosas con sí mismo por Cristo, ya sea lo que está en el cielo o en la tierra, incluso aquellos que fueron extraños y enemigos de él (Col. 1:20-21).

A. Ahora bien, es debido a la buena voluntad del Padre para con su Hijo que en éste mora esta plenitud. Cristo fue siempre Mediador: “Con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo” (Pr. 8:30) y así siguió siendo siempre. Como prueba y demostración de ello, atesoró toda plenitud en él. Ésta parece ser la importancia de las palabras de nuestro Señor, cuando dice: “El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano” (Jn. 3:35), es decir, el Padre le mostró su amor y le dio una prueba contundente de ello al someter todas las cosas a su dominio para estar bajo su voluntad y a su disposición. Este sentido de las palabras coinciden con el contexto, que presenta a Cristo en su capacidad de Mediador como exaltado por el Padre con este fin: “Para que en todo tenga la preeminencia” (Col. 1:18).

B. Debido a la buena voluntad del Padre para con los elegidos, es que esta plenitud mora en Cristo. Porque es por ellos que la plenitud está en las manos de Cristo. Dios siempre los ha amado con un amor eterno y, por lo tanto, los cuida eternamente y hace provisión eterna para ellos. Han sido el objeto de su amor y deleite desde la eternidad; por lo tanto, estableció a Cristo como Mediador desde la eternidad y le proveyó esta plenitud para ellos...

C. Agradó al Padre que esta plenitud habitara en Cristo porque lo consideraba la persona más apropiada en quien confiar. No convenía que contáramos con la plenitud al mismo tiempo que Cristo, pero sí de a poco, cuando la necesitamos. No habría estado segura bajo nuestro cuidado. Es bueno para nosotros que no fuera puesta en las manos de *Adán*, nuestro primer padre, nuestra cabeza natural, donde podría haberse perdido. Es bueno para nosotros que no fuera puesto en manos de ángeles que —dado que son criaturas, son inapropiadas para depositar en ellos tal confianza— en la etapa de su creación eran criaturas mutantes, como la apostasía de muchos de ellos declara fehacientemente. El Padre vio que nadie, sino su Hijo, era digno de esta confianza y, por lo tanto, le agradó confiarle esta riqueza inconmensurable solamente a él.

D. Es la voluntad de Dios y le place que recibamos toda gracia a través de Cristo. Si Dios se comunica con nosotros, tiene que ser desde Cristo Jesús, el propiciatorio. Si tenemos alguna comunión con el Padre, tiene que ser a través del Mediador. Si tenemos alguna gracia del Dios de toda gracia, la recibimos por ese camino, porque sólo Cristo es “el camino, la

verdad y la vida” (Jn. 14:6). [Él es], no sólo el camino de acceso a Dios y para ser aceptado por él, sino el portador de toda gracia, de todas las bendiciones de la gracia a nosotros. Todo esto porque le agradó al Padre que toda la plenitud de la naturaleza, la gracia y la gloria moren en Cristo el Mediador.

1. Lo que antecede, revela la gloria de Cristo. Una parte considerable de la gloria de Cristo, como Mediador, radica en que está “lleno de gracia y verdad” (Jn. 1:14), lo cual, las almas sensibles a sus propias necesidades, ven con agrado. Esto lo hace “el más hermoso de los hijos de los hombres” porque la gracia —la plenitud de ella— se derramó en sus labios (Sal. 45:2). Esto lo hace... muy codiciable, de hecho “todo él codiciable” (Cnt. 5:16) para todos los que lo conocen. Esto lo hace de inmenso valor y estima para todos los que creen (1 P. 2: 7).

2. Esto nos indica a dónde ir para aprovisionarnos. Durante los siete años de hambre, cuando los egipcios clamaron a Faraón pidiendo pan y habiendo éste puesto a José como administrador de sus graneros, les ordenó: “Id a José, y haced lo que él os dijere” (Gn. 41:55). El Padre puso al Hijo como cabeza sobre todas las cosas de la Iglesia. José es un tipo de Cristo, quien tiene nuestra reserva de plenitud de gracia en su mano y esto, asignado por el Padre. En él “están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:3). Él dispone de toda gracia, por lo tanto, debemos acudir a él ante cualquier necesidad que tengamos. Cuando recurrimos a él podemos estar seguros de que no hay nada que nos haga falta que no podamos encontrar en él y no hay nada que sea lo mejor para nosotros que él no nos lo dé gratuita y gozosamente.

3. Esto nos impulsa a dar toda la gloria a Dios por lo que tenemos por medio de Cristo. Porque él es el vehículo de toda gracia de Dios para que nosotros “ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre” (He. 13:15). Es por la gracia de Dios en Cristo, a través de él y sólo de él que somos lo que somos. Es lo que nos “distingue” de otros (1 Co. 4:7). No tenemos nada que no hayamos recibido y esto de la plenitud de Cristo; por lo tanto, no debemos gloriarnos como si no lo hubiéramos recibido. Pero si alguno de nosotros se gloria, gloriése en esto: Cristo fue hecho por Dios para nosotros “sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Co. 1:30).

Tomado de un sermón predicado el 15 de junio de 1736, *Sermons and Tracts*, (Sermones y tratados), Tomo 1, Primitive Baptist Library, Streamwood, Illinois, EE.UU.

John Gill (1697-1771): Pastor, teólogo y erudito bíblico bautista; nacido en Kettering, Northamptonshire, Inglaterra.

